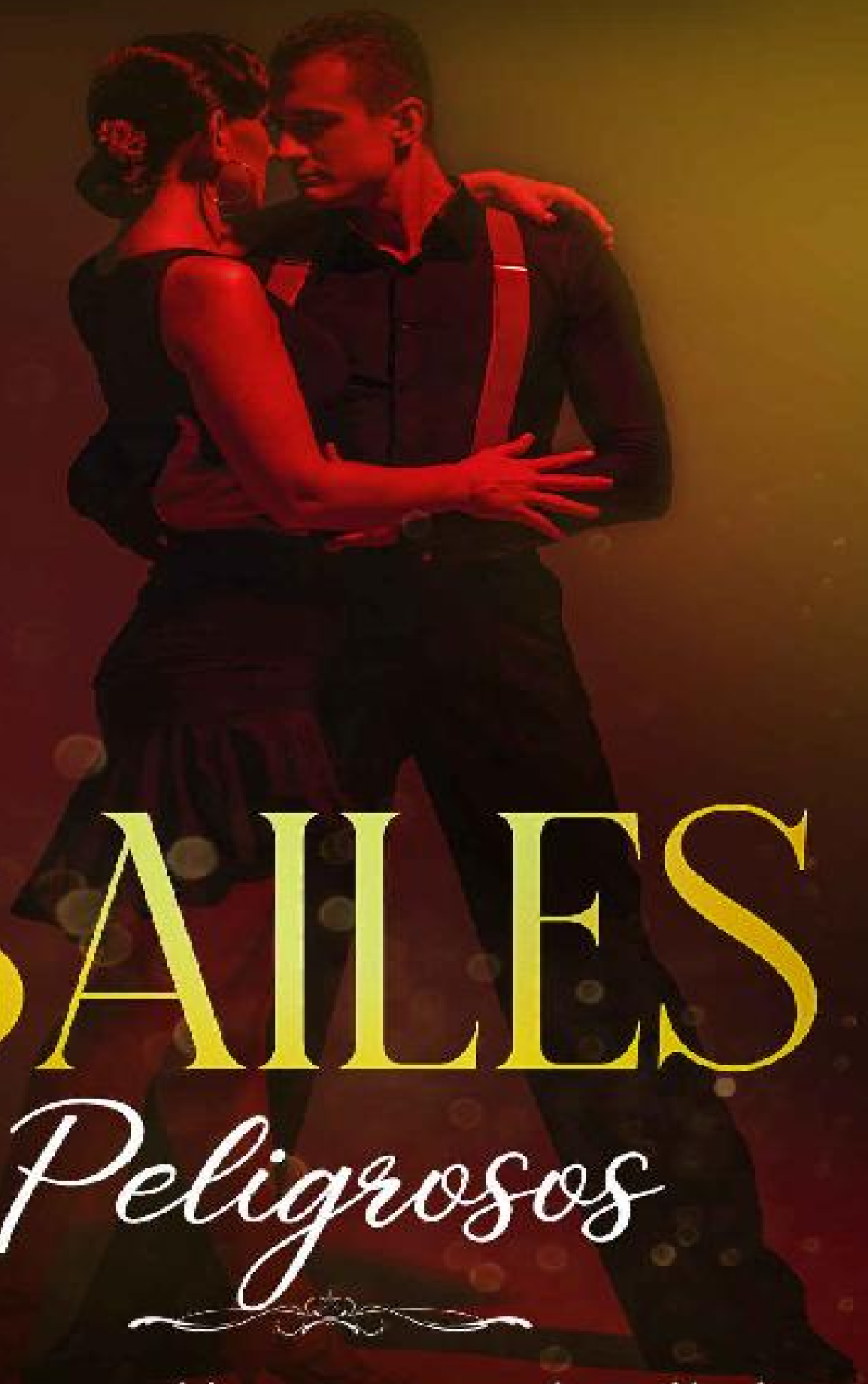


JUAN MARTINEZ

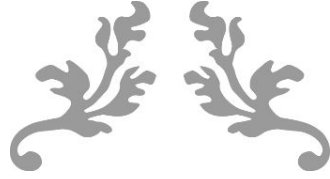


BAILES

Peligrosos



Romance, Pasión y Sexo con la Bailarina



BAILES PELIGROSOS

Romance, Pasión y Sexo con la Bailarina



Por **Juan Martinez**

© Juan Martinez 2020.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Juan Martinez.

Primera Edición.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

1

La familia Cárdenas había llegado a Estados Unidos desde México con una mano adelante y otra atrás buscando el sueño americano, y habían trabajado incansablemente para lograrlo. Cuando llegaron tenían solo a Roberto que tenía un año, y luego cuando ya se habían establecido nacieron Ximena y Vicente que era el más pequeño.

Diego era plomero, y eso fue lo único que trajo de México, su oficio, Guadalupe era camarera en un hotel, ambos trabajaban de sol a sol para poder darles una buena vida a sus tres hijos.

Cuando Roberto llegó a la edad de entrar a la universidad decidió que eso no era lo que quería, él quería ser oficial de policía y entró a la academia, había ascendido pues era muy bueno en su trabajo, hasta llegar a Teniente de la Policía de Nueva York, en el departamento de inteligencia. Ximena estudió leyes y trabajaba para una ONG de ayuda a los inmigrantes.

El más pequeño, Vicente, cuando cumplió 14 años, se unió al teatro colegial, y descubrió que la actuación, el canto y el baile eran su pasión, eso no le gustó para nada a Diego, el padre, pues tenía muchos prejuicios. Para él todos los bailarines eran homosexuales y unos vagos sin oficio ni beneficio.

Vicente demostró tener mucho talento, durante esos cuatro años del teatro en el colegio se encargó de producir y actuar en las mejores obras, fueron tan buenas, que aún después de varios años, muchas personas las recuerdan.

Gracias a ese inmenso talento, Vicente había logrado ingresar a la Julliard School, había estudiado danza y lo había hecho gracias a una beca, pues sus padres no contaban con recursos para costear su educación, y de haberlo tenido, tampoco lo hubiesen hecho. A Vicente le costó muchos años convencerlos de que la carrera que había escogido era tan importante y respetable como cualquier otra.

Sus padres finalmente aceptaron que esa era su verdadera pasión y después de varios años se convirtieron en sus fanáticos principales.

Vicente Cárdenas era un apasionado de su profesión, y no podía ser de otra manera, todos los artistas lo son, era bailarín, cantante y actor. Con

apenas treinta y cinco años había viajado por todo el mundo mostrando su arte, se presentó en los más importantes escenarios y se había convertido en uno de los más cotizados artistas de Broadway, no sólo como bailarín y actor sino también como coreógrafo.

Era muy disciplinado y exigente con los demás, y con él mismo, nunca se conformaba con menos que la excelencia. Había ganado bastante dinero, y junto con una gran amiga y antigua pareja, no solo de baile, sino sentimental, iniciaron un proyecto. Luego también se les había unido su amigo y colega, Mateo Lombardi. Entre los tres compraron un viejo edificio en Queens, lo restauraron y abrieron la academia Graham School of Dancing.

La academia solo tenía tres años de fundada, pero ya tenía mucho prestigio, el solo hecho de contar con profesores como Vicente, Mateo y Ashley era impresionante, todos tenían exitosas carreras y muy buenos contactos en la industria.

Las solicitudes de ingreso eran muchas y no podían aceptarlos a todos, así que, el proceso de selección era bastante riguroso. Por lo general eran estudiantes que habían terminado sus estudios en las diferentes universidades, pero querían recibir instrucción por parte del talentoso trío y de todos los grandes de la danza que acudían a dictar sus talleres, que hacían espacio en sus apretadas agendas para colaborar con la academia.

La academia contaba con los mejores profesores de los diferentes estilos de danza, danza clásica, danza contemporánea, ballet, pero también dictaban cursos de salsa, belly dance, tango, hip hop, foxtrot y vals vienés.

En su vida personal Vicente, era muy reservado, de hecho, en la mayoría de las publicaciones de corazón y de espectáculos especulaban acerca de su sexualidad. Por supuesto eso lo tenía sin cuidado, nunca aclaraba nada al respecto, siempre que era abordado por reporteros, hablaba única y exclusivamente de su carrera. No los quería metiendo sus narices en su vida familiar ni sentimental, aunque sabía que era un precio que tenía que pagar cuando se era famoso.

Había tenido una sola relación seria, con Ashley, pero nunca la hicieron pública, sólo sus amigos más allegados lo sabían y fue cuando ambos estaban comenzando con su carrera profesional. Se habían conocido en Broadway cuando eran parte del casting de Chicago, lo de ellos fue un flechazo, amor a primera vista, o eso creían.

Tanto que, al salir de la primera reunión con el director y todo el elenco, la invitó a tomar un café y desde ese día se hicieron inseparables. Adicionalmente, trabajaban en espectáculos, eran pareja de baile, lo que más le gustaba bailar juntos era la salsa. La relación duró casi dos años. Terminaron porque sabían que no estaban hechos el uno para el otro, en el sexo funcionaban bien y tenían muchas cosas en común, pero entre ellos no había ese sentimiento especial que ambos estaban buscando. Lo de ellos era amistad.

De eso ya habían pasado diez años, ambos habían salido con otras personas, y Ashley se había comprometido con un abogado muy prestigioso en la ciudad de Nueva York, dentro de pocos meses contraería matrimonio.

Vicente por el contrario huía de las relaciones serias, no estaba dispuesto a salirse de su camino. Era uno de los más cotizados coreógrafos y bailarines del momento. Incluso se rumoraba que estaría nominado a los prestigiosos Premios Tony, los más importantes para la actividad teatral, tanto que inclusive son comparados con los Premios Oscar. Y una relación sentimental solo le quitaría tiempo.

Su amigo Mateo era otra cosa, era un súper talentoso bailarín de ballet, había comenzado su carrera en el American Ballet Theatre de Nueva York, luego estuvo en el Ballet de San Francisco, y por último en el Ballet Nacional de Inglaterra, su fuerte son los clásicos El Lago de los Cisnes, Romeo y Julieta, Don Quijote.

Pero Mateo se había cansado de estar lejos de su ambiente, Nueva York era la ciudad que amaba y regresó por una temporada, así que cuando Vicente y Ashley le contaron sobre el proyecto de la academia quiso unirse.

Le gustaba enseñar y compartir todos sus conocimientos con las nuevas promesas del ballet, tenía un contrato con el Het Nationale Ballet de Ámsterdam, pero siempre regresaba a dar sus talleres, por lo menos dos o tres veces al año.

Mateo era un casanova, no se le escapaba ninguna bella mujer, se reía mucho cuando escuchaba a la gente hablar de la sexualidad de los bailarines. Y por supuesto no era tan reservado como su amigo y socio.

Eran muy buenos amigos, tanto, que Mateo era considerado uno más de los hijos de la familia Cárdenas. Guadalupe la madre de Vicente lo quería mucho, el chico había perdido a sus padres cuando era adolescente, ambos habían muerto en un accidente cuando un hombre ebrio se pasó una luz roja y los mató en el acto.

Había heredado una buena cantidad de dinero, y un precioso departamento en el Upper East Side, enorme y muy lujoso, también algunos negocios. Estudió en Julliard, con Vicente, y desde los dieciocho años eran los mejores amigos.

Los tres eran la fórmula perfecta, pero se habían rodeado también de lo mejor. La academia contaba con los mejores profesores en las diferentes disciplinas, no es que se pudieran comparar con Julliard o con la Universidad de Columbia, pero estaban bastante cerca. De hecho, ese era el objetivo, alcanzar un grado de excelencia que los pusiera a nivel de los mejores.

Por supuesto, para las admisiones eran muy exigentes, Vicente tenía muchísimo trabajo porque se encontraba trabajando en un proyecto en Broadway como coreógrafo. Aparte era el protagonista de la obra, pero insistía en revisar él mismo las solicitudes.

Había tenido que contratar a una asistente, siempre se había negado pero la cantidad de trabajo lo obligó. La chica había trabajado mucho tiempo con una productora de películas en Los Ángeles y se había trasladado a Nueva York por motivos familiares. Era un poco rara, pero conocía el trabajo y era muy eficiente.

Se llamaba Ava Jensen, tenía unos treinta años y desde que se había graduado en la Universidad de California en Relaciones Públicas había trabajado en una productora muy importante. A Vicente le gustaba que la gente diera el 100 por ciento, exigente y perfeccionista, por lo que le gustaba rodearse solo de gente igual de perfeccionista que él.

En la academia todo el mundo lo respetaba, todos los alumnos lo veían como un Dios. Y eso hacía que su muy inflado ego se inflara aún más. Él había trabajado mucho para alcanzar el máximo nivel y se merecía el reconocimiento y el respeto de los chicos que estaban comenzando en tan difícil y sacrificada carrera.

—Señor Cárdenas, buenos días. Sobre su escritorio he dejado las primeras diez solicitudes para los nuevos ingresos. —Le dijo Ava, mientras Vicente entraba a su oficina.

—Buenos días, Ava. Gracias, enseguida las reviso, no creo que hoy tengamos tiempo de entrevistarlos a todos. En todo caso, los vuelves a citar para mañana, pero no me pases más solicitudes hasta terminar con estas. —Le dijo Vicente, sin quitarle la vista de encima a su secretaria.

Era una de las características de su personalidad siempre miraba a las personas a los ojos. Tenía los ojos negros, y una mirada profunda y penetrante.

Vicente entró a su oficina, era muy sencilla con tres paredes grises y una negra, con una repisa de vidrio en donde estaban parte de sus premios, el resto los tenía en su departamento. El escritorio era de madera de roble, con una silla de piel negra muy confortable, enfrente un par de sillones a juego con su silla.

En otras de las paredes había fotografías a blanco y negro de algunos de los espectáculos y obras en las que había participado. Esa oficina era un tributo a la masculinidad y sobre todo un tributo a él mismo.

Sobre el escritorio estaba todo perfectamente ordenado, su computadora era portátil de última generación, una fotografía de sus padres y hermanos, otra de sus cinco sobrinos, y, adicionalmente una carpeta con las fichas que habían llenado los aspirantes. Por supuesto, era un pequeño resumen con una fotografía cuerpo completo. Los demás datos quería conocerlos durante la entrevista.

Vicente las revisó, todos los aspirantes habían concluido sus estudios en otras instituciones de mucho prestigio, NYU, Universidad de Columbia, Julliard, Barnard College, pero una sola chica ponía que no había tenido estudios previos. Eso llamó su atención, pero lamentablemente ese día no podría entrevistarla, quería hacerlo con tiempo y tenía muchos compromisos.

—Buenos días. ¿Qué te ocurre? Tienes muy mala cara. —Le dijo Ashley, mientras se acerca a Vicente y le dio un beso en la mejilla.

—Buenos días cariño, no me pasa nada. Solo estoy cansado. Anoche salí del teatro casi a media noche, estaba revisando unos detalles y cuando me di cuenta se me había hecho tarde. —Respondió Vicente, que de verdad se encontraba agotado.

—Tienes que descansar, vives solo para trabajar, y eso te va a pasar factura. Tienes que aprender a delegar, sabes que yo también puedo hacer las audiciones, pero te empeñas en controlar todo, o es que ¿no confías en mi criterio? —Le dijo Ashley fingiendo enojo, sabía que Vicente si confiaba en ella, pero era como si perdiera el norte de su vida si él mismo no hacía las cosas.

—No voy a responderte esa pregunta porque conoces perfectamente la respuesta. Ahora has algo y tráeme un té. —Le dijo Vicente, pinchando a su

amiga para que se molestara.

—No vas a hacer que me moleste, estoy muy feliz, porque yo sí pasé una maravillosa noche.

—Sí, me lo imagino.

Vicente sabía que Ashley era muy feliz con su novio Peter y desde que estaban comprometidos se le veía aún más contenta.

—Tú también deberías buscar a alguien, te me estás haciendo viejo y muy gruñón, lo único que te falta es que llenes el departamento de gatos. — Le dijo la chica, mientras salía de la oficina riéndose.

Vicente se quedó reflexionando unos minutos, ya ni se acordaba desde cuando no salía con alguien solamente a divertirse, últimamente, las veces que había salido era a comidas de trabajo. Ya ni se tomaba el tiempo de ir a casa de sus padres a esos maravillosos almuerzos de los domingos que eran los únicos días que tenía libre. Y eso, temporalmente, porque cuando comenzara a trabajar en la obra tendría una función a las tres de la tarde y le sería imposible ir a comer con su familia.

Su madre siempre le insistía que le abriera su corazón al amor, que ese era un sentimiento del que nadie debía privarse, el hecho de amar y ser amado era lo más importante en la vida. Ella podía dar fe de ello, pues tenía cuarenta y dos años de casada con su padre y todavía se hacían arrumacos, y se veían total y completamente enamorados.

Pero Vicente no era muy optimista al respecto, a pesar de que sus hermanos habían encontrado también su media naranja y tenían familias felices, él sabía que eso no era tan fácil, de hecho, había probado en varias ocasiones y no había sentido algo tan profundo como para querer estar toda la vida con la misma persona.

De momento se conformaba con la satisfacción que le daba su trabajo y su familia, comenzando por sus cinco traviesos sobrinos, con eso era más que suficiente.

Ava entró a la oficina con la taza de té, que le había pedido a Ashley, y le recordó que los primeros cuatro aspirantes estaban esperando. Vicente se dio cuenta que había estado distraído durante casi diez minutos, definitivamente necesitaba un descanso.

Los primeros aspirantes resultaron ser dos chicos y dos chicas, todos estaban muy nerviosos, el hecho de entrevistarse con Vicente Cárdenas era como un sueño hecho realidad, pero también muy intimidante.

Todos habían comenzado a practicar desde niños, tenían estudios previos, eran muy jóvenes, unos inclusive tenían alguna experiencia en espectáculos de cierta relevancia, pero él quería ver de primera mano lo que podían ofrecer. Tenían disciplinas variadas, los cuatro eran bailarines de ballet, para su audición quería que Mateo estuviera presente.

Para Vicente aparte del talento, lo primordial es que tuvieran disciplina y resistencia, les iba a exigir al máximo y quien no estuviera dispuesto a darlo no iba a entrar en su academia, quería construir un prestigio y no iba a aceptar estudiantes mediocres por muchos contactos o dinero que tuvieran. Para él el dinero no era importante, si no servían no entraban y punto.

Luego de eso se dedicó a practicar algunas coreografías que tenía en mente, era muy creativo, siempre en su cerebro visualizaba los movimientos y los llevaba a la práctica con Ashley, a pesar de que ya no bailaban con tanta frecuencia en público, solo lo hacían en la academia, se amoldaban perfectamente, su amiga lo admiraba muchísimo y el sentimiento era recíproco.

Vicente siempre se preguntaba qué es lo que había faltado para que ellos hubiesen continuado con la relación. Eran tan similares, luego él mismo respondía a la pregunta; les faltaba ese sentimiento del que le hablaba su madre, ese que ella le contaba que sentía por su padre, que era como si él fuera la luz que iluminaba su camino. Y Ashley nunca fue eso para él.

2

Sara Sullivan Dobouis estaba muy nerviosa en la recepción de la Academia Graham, habían reprogramado su entrevista, al parecer el señor Cárdenas había estado muy ocupado el día anterior y solo había recibido a cuatro aspirantes.

Había seguido muy de cerca la carrera de los tres dueños de la academia, pero sentía una admiración especial por Vicente Cárdenas, pues era un artista integral, no solo era excelente bailarín, también actor, cantante y coreógrafo. Y todo lo hacía bien, más que bien.

Ella había bailado toda su vida, su amor por el baile comenzó cuando con cinco años su madre la inscribió en clases de ballet. Inmediatamente se dio cuenta que era buena y participó en algunos espectáculos. Le encantaba la sensación de estar frente al público y los aplausos.

Pero con el paso del tiempo su cuerpo cambió, era muy curvilínea para ser bailarina de ballet, se sintió bastante frustrada pero no iba a abandonar, así que comenzó con clases de hip hop, salsa, bachata, tango, y todas las disciplinas donde pudiera dar rienda suelta a una de sus pasiones.

La otra eran las leyes, desde que tenía uso de razón había sido preparada para ser abogada, toda su familia paterna se dedicaba a eso, tanto que en Escocia y en Estados Unidos tenían despachos de abogados muy grandes y muy exitosos. Por eso precisamente no había estudiado formalmente baile.

Había entrado a la Universidad de Columbia a estudiar leyes, y estaba feliz con sus estudios, pero también quería mejorar sus conocimientos en la danza, ¿entonces por qué no hacer las dos cosas? Ella sabía que a la larga tendría que decidirse por alguna de las dos, pero aún no era el momento.

Desde niña admiraba las competencias de baile, la gracia con la que se movían los bailarines y la belleza de sus trajes. Siempre se imaginaba que era ella, la chica que ese guapo chico tomaba por la cintura, y se movían por toda la pista dejando asombrados a todos.

Pero no era eso lo que la motivaba a bailar, se sentía libre de expresar sus sentimientos a través del baile, su vida había sido planeada, sus padres eran bastante controladores, pero no en el mal sentido de la palabra. Querían que todo en su vida marchara bien, y que no tuviera contratiempos,

básicamente lo que todos los padres quieren para sus hijos pero en ciertos momentos eso la agobiaba.

Sara tenía 21 años, y solamente le faltaba un año para graduarse de leyes, y sabía que tendría que dedicarse a trabajar con su padre, por eso quería aprovechar ese último año para saber si realmente tenía talento y si el baile era una opción diferente para su vida.

Por supuesto eso no lo sabría en la entrevista, era bien sabido que Vicente Cárdenas era muy exigente y si el aspirante no estaba dispuesto a dar el mil por ciento no era aceptado, ni siquiera perdía el tiempo en verlo bailar.

Vicente tenía en sus manos la ficha de la única chica que no tenía estudios formales de baile, quería saber lo que tenía para ofrecer. No quería perder el tiempo con aficionados, pero ese día se sentía muy generoso, así que, iba a entrevistarla por lo menos.

—Ava, por favor. Dile a la señorita Sullivan que pase. —Le dijo Vicente a su secretaria por el intercomunicador.

Vicente se giró para ver por la ventana de su academia, de la que se sentía muy orgulloso, y enseguida sintió la presencia de Ava.

—Señor Cárdenas, esta es la señorita Sara Sullivan. —Le dijo su asistente en tono muy formal.

A pesar de trabajar en el área del espectáculo durante varios años, parecía una institutriz inglesa totalmente diferente a lo que se esperaría.

—Gracias, Ava. Puedes retirarte. —Le dijo Vicente sin girarse.

Cuando lo hizo, vio a la chica de arriba abajo, era muy bonita, demasiado, tenía la piel muy blanca y los ojos azules, pero el cabello muy negro similar al de él. No podía verle bien el cuerpo pues tenía puesta una chaqueta de tela ligera pero muy larga, ya se lo vería cuando tuviera que bailar para él. Tenía unos rasgos preciosos, angelicales y se movía con la gracia habitual de las bailarinas de ballet.

—Mucho gusto, señorita Sullivan. Siéntese, por favor. —Le dijo Vicente mirándola fijamente.

—Gracias, Profesor Cárdenas. Es un honor conocerlo. —Le dijo la chica con la voz temblorosa a causa de los nervios.

Vicente asintió y abrió la carpeta para leer la información que había puesto Sara en su planilla. Al parecer no había estudiado baile, eso él ya lo sabía, pero al verla caminar no estaba tan seguro, no le gustaba que lo engañaran y la chica lo había hecho.

—Aquí en la planilla dice que no has recibido clases formales de baile, pero al verla entrar me he dado cuenta por la forma de caminar, que por lo menos ballet ha hecho. —Le preguntó Vicente, levantando su penetrante mirada hacia Sara.

—Es cierto, bailé ballet durante muchos años en mi niñez, pero no lo considero estudios formales, porque no me puedo comparar con el resto de los aspirantes. Todos tienen estudios en las mejores universidades del país, y yo solo estudié en las típicas academias que las madres llevan a sus niños para que no tengan tanto tiempo libre. —Respondió Sara nerviosa, pero había puesto en práctica sus capacidades de litigante.

—Bien, y ¿qué otras disciplinas has estudiado de manera “informal”? —Le preguntó Vicente con tono sarcástico y haciendo énfasis en la última palabra.

—Bueno, he bailado tango, bachata, hip hop y salsa, que es mi género preferido. También sé algo de foxtrot y de vals. Sé que aquí se imparten muy buenos talleres con los mejores bailarines del mundo en esas disciplinas, y quiero aprender. —Respondió Sara con mucha naturalidad, a pesar de los penetrantes ojos negros que la miraban sin perder detalle.

Vicente estaba embelesado viendo a la chica, respondía con mucha seguridad. A pesar de no tener nada que ver con los otros aspirantes, él ni siquiera sabía si ella bailaba bien, tenía una personalidad arrolladora y una belleza sin igual, lo que la hacían una ganadora, lograra ingresar o no.

Sara también estaba sorprendida con el aspecto de Vicente, lo había visto en incontables ocasiones en Broadway, de hecho, ella se creía su fan número uno, leía todo lo que salía acerca de él en las páginas de espectáculos. Pero tenerlo de frente era algo muy distinto, era más alto de lo que habitualmente son los bailarines, de hecho, había leído que no se había dedicado al ballet precisamente por eso.

Tenía una camiseta muy sencilla, pero que se le amoldaba perfectamente al cuerpo y se le notaban los músculos, era delgado pero en su justa medida, no huesudo, se veía muy saludable, el cabello negro con un corte a la moda, bastante guapo, con los labios gruesos y perfil perfecto.

Sabía que era de padres mexicanos, y el color de piel así lo evidenciaba con un color bronceado natural muy bonito. Pero lo más impactante era la negrura de sus ojos, nunca había conocido a nadie que tuviera los ojos tan negros.

Ella sabía que tenía treinta y cinco años, pero aparentaba muchísimos años menos, a pesar de que el hombre no sonreía, al parecer solo lo hacía cuando bailaba, porque mientras estaba allí con ella no lo había hecho ni una vez.

Vicente se puso de pie, y Sara pudo apreciar en primer plano el apetecible trasero enfundado en unos pantalones jean, que le quedaban como un guante, muy finos, igual que todo lo que tenía puesto.

Pero debía enfocarse en lo importante es lo que podía ofrecerle como profesor, aunque tampoco era malo admirar un ejemplar masculino tan perfecto, era una verdadera lástima para el género femenino que fuera homosexual, o por lo menos eso era lo que decían en los programas de chismes.

—Bien, señorita Sullivan, para empezar le digo que es muy convincente, pero eso no es suficiente para entrar a mi academia.

Sara sintió que todas sus ilusiones se esfumaban, y lo demostró inmediatamente bajando los hombros en señal de derrota.

—Pero no sé por qué razón tengo curiosidad de ver lo que puede hacer.

Sara podía sentir los latidos de su corazón en los oídos, la emoción al escuchar que iba a tener la oportunidad de bailar frente a uno de los mejores bailarines y coreógrafos del momento, ya era un sueño hecho realidad. Lo más probable es que no la aceptara, pero iba a luchar para conseguirlo.

—Gracias, señor Cárdenas, por la oportunidad. No tiene ni idea de lo que eso significa para mí. —Le dijo una emocionada Sara al borde de las lágrimas.

—Sí, lo sé. Créeme, eso es lo que hace que me guste tanto mi profesión, la emoción cuando tengo que competir con muchos colegas, igual o más talentosos que yo, y la satisfacción cuando me eligen. El día que deje de sentir eso, me retiraré.

La chica se quedó como tonta viendo la pasión con la que le había hablado, ella quería sentirse así, de hecho se sentía, pero por dos cosas el baile y las leyes, y sabía que las dos cosas necesitaban su dedicación absoluta y tarde o temprano tendría que tomar una decisión.

—Bien, señorita Sullivan, mañana la veré bailar, espero que tenga algo preparado, no importa el género, lo que sienta que mejor puede hacer.

—Entendido, y gracias nuevamente. —Le dijo Sara poniéndose de pie. —Nos vemos mañana entonces.

La chica salió de la oficina con una sonrisa, y le dijo a Ava que podía hacer pasar al siguiente aspirante pues Vicente se lo había pedido. Sara se le quedó mirando a la chica que iba a entrar y el ánimo se le fue al suelo, era una diva en toda la extensión de la palabra.

Preciosa, delgada, con andar muy altivo, y aparentemente con mucho talento, por lo poco que habían hablado al parecer tenía buenas ofertas de trabajo. Pero no iba a perder las esperanzas, sentía que la entrevista había salido bien.

Cuando llegó a su casa, se fue inmediatamente a su estudio de baile. Vivía en un enorme departamento en Upper East Side, de dos pisos y con una terraza en la que se podía apreciar Central Park.

Desde pequeña la chica había descubierto que podía conseguir lo que quisiera, haciendo lo que sus padres quisieran, así que cuando era pequeña y aprendió a hablar español y francés, muy rápido y como premio consiguió que le habilitaran una de las estancias del departamento como estudio de baile. Tenía pared de espejos, barra, y por supuesto lo mejor en sistemas de sonido.

Las clases de baile, se las iban a permitir, pero debía continuar sacando las mejores calificaciones en la escuela de leyes, y para ella no era ningún sacrificio, primero porque le gustaba mucho y segundo porque contaba con una inteligencia privilegiada.

De hecho, así ellos no la apoyaran económicamente ella se lo podía permitir, pues su abuelo paterno, le había dejado un fideicomiso de varios millones de dólares, del que ya podía disponer pues ya tenía veintiún años.

Sara Sullivan Dobouis era lo más parecido a una princesa, en cuanto a dinero y educación se refería, hablaba por lo menos cinco idiomas, había estudiado en los mejores colegios, tenía unos modales exquisitos, vestía de manera impecable, sabía cuándo sonreír y cuando no. Participaba junto con su madre en las reuniones del club, y por supuesto asistía a todos los eventos a los que su familia era invitada.

Todo eso lo hacía con el interés de que la dejaran seguir con el baile, que era la única cosa que la hacía sentir una chica normal y con la que se sentía libre. Sus padres la amaban muchísimo y ella a ellos también, pero en ocasiones sentía que no le dejaban mucho espacio para elegir.

Podía independizarse, contaba con los medios y con la edad suficiente, pero jamás les daría la espalda a sus padres, pero estaba decidida a luchar para entrar en Graham les gustara o no, eso no era negociable.

Se pasó parte de la tarde practicando, pues también tenía que hacer algunos trabajos pendientes para la universidad. De todos modos, estaba casi segura que no la aceptarían en la academia, no era pesimista, pero sí realista, y el nivel exigido era mucho mayor al que ella tenía.

Por la noche casi no pudo dormir, estaba bastante nerviosa, y no porque no supiera bailar, sino porque iba a bailar frente al profesor Cárdenas. Temía que se le olvidara todo lo que había practicado.

Se arregló sencilla, no quería parecer desesperada, lo único que hizo fue colocarse un poco de máscara de pestañas, y un brillo color melocotón, sabía que tenía los labios muy gruesos y no solía pintárselos de colores oscuros no era elegante por lo menos eso le decía su madre.

Se colocó unas mallas negras, por supuesto de la mejor calidad, y un top deportivo de la misma marca. Encima se colocó un jersey de lana que hacía las veces de vestido, y se puso unas botas pues en abril todavía la temperatura era bastante fresca.

El resultado fue regular, pues se le notaba la falta de sueño, pero nada que no lo arreglara un buen café, ya su ama de llaves se lo tenía preparado junto con el plato de fruta que era lo que ella acostumbraba desayunar.

—Gracias, Ana. Pero hoy estoy muy nerviosa para desayunar, solo tomaré el café. —Le dijo Sara con una sonrisa.

—Sara, te vas a desmayar mi niña. Pero no voy a insistir, sé que eres muy terca, y no me vas a hacer caso. —Le dijo la mujer, que prácticamente la había criado, pues había sido contratada cuando ella nació.

—No te molestes conmigo, sabes que soy de buen comer, pero es que no me va a pasar nada, tengo el estómago totalmente cerrado. —Le explicó la chica.

—Tranquila, todo va a salir bien. Eres muy buena en el baile, vas a dejar a todos impresionados.

—Gracias Ana, pero en realidad tengo que impresionar a una sola persona. —Le dijo Sara, mientras se terminaba el café y colocaba la taza en el lavaplatos.

Siempre lo hacía, a pesar que Ana le decía que ese era su trabajo.

Se despidió con un beso y bajó, saludó al portero del edificio y él le devolvió el saludo. La chica se llevaba bien con todos. Frente a ella la esperaba su chofer, se montó en el coche y también lo saludó, inmediatamente se pusieron en marcha Sara iba en silencio haciendo ejercicios de respiración y totalmente distraída viendo por la ventanilla.

El coche se detuvo y ella se dio cuenta que habían llegado, se despidió de Charly con una sonrisa y le dijo que le enviaría un mensaje al móvil cuando necesitara que la recogiera, pues no estaba segura cuanto tardaría. El hombre también le deseó suerte, pues era el esposo de Ana y ella le había contado acerca de la audición.

Cuando entró en la academia había mucho movimiento, por lo menos había quince aspirantes entre chicos y chicas. Algunos hacían calentamientos pues los habían hecho pasar a uno de los salones donde se impartían clases.

Era estupendo, con muchos espejos, barras el suelo de una madera perfectamente lisa, sin ninguna imperfección que pudiera ocasionar un traspies, bastante parecido al estudio que ella tenía en casa, pero mucho más grande.

3

Sara estaba aún más nerviosa, tontamente había pensado que la audición era individual, el hecho de hacer el ridículo ante los profesores, era incómodo, pero hacerlo delante de un grupo grande de personas todos muy talentosos, era otra cosa.

Ava entró en la sala y les indicó que esperaran a los profesores sentados en el área destinada, que no eran más que unas sillas alineadas con la pared, y de frente a donde se supone debían bailar, a modo de público.

En el extremo de la habitación más cercano a la puerta había una mesa elegantemente vestida con un mantel blanco, estaban colocados tres puestos, encima había tres libretas, al parecer los tres socios asistirían a la audición.

Las sillas de los aspirantes estaban llenas, con excepción de una, todas las chicas se habían maquillado muy bien, y eso hizo sentir un poco mal a Sara que no se había esforzado mucho, pero el mal ya estaba hecho.

Cuando pasaron cinco minutos, a las nueve treinta en punto entraron los tres jurados, Ashley Fischer, Mateo Lombardi y Vicente Cárdenas de último. Sara se quedó atontada viéndolos, eran muy guapos.

Ashley era muy elegante, estaba vestida con una blusa de seda blanca y unos pantalones negros, con unos zapatos de tacón no muy altos negros. Tenía el cabello recogido en una cola, lo que le daba un aspecto bastante sofisticado. Era muy bonita, ella tenía treinta y cuatro años, pero se veía bastante joven.

Mateo era un hombre se puede decir que pequeño, porque debía medir no más de uno setenta, delgado, pero con unas piernas bastante musculosas debido al entrenamiento, era uno de los mejores bailarines de ballet de la actualidad. Con rasgos europeos, cabello largo recogido con una liga, y una mirada bastante pícaro. No era muy guapo, pero tenía algo que llamaba la atención.

Y por supuesto, Vicente, ese día llevaba una camisa blanca con un par de botones abiertos y las mangas remangadas, con un pantalón bastante parecido al del día anterior, pero en este caso era negro. Tenía unas botas de motero, que le daban un aspecto muy sexy.

Los tres tomaron asiento, Ashley en medio, Mateo a su izquierda y Vicente a la derecha. Ava entró luego, les colocó una botella de agua a cada uno y se retiró.

Ashley saludó y les dio la bienvenida, cuando lo hacía, la chica que Sara había conocido en la entrevista, entró y se sentó en la silla que estaba vacía. Ashley también les explicó que tendrían una canción completa para bailar, les pidió que no se pusieran nerviosos, aunque eso era casi imposible y les deseo suerte. Cuando iba a nombrar al primer aspirante Vicente la interrumpió.

—Por suerte para ustedes, ya hay un primer eliminado el día de hoy.

Todos los chicos comenzaron a mirarse, pues no tenían ni idea bajo qué criterio lo habían hecho.

—Señorita, usted. —Señaló a la diva que acababa de entrar. La chica se puso de pie. —Agradezco que en su apretada agenda haya hecho tiempo para reunirse con unos simples mortales como nosotros, pero la próxima vez, por lo menos sea puntual. Retírese por favor.

La chica abrió los ojos como platos y se puso roja por la rabia, recogió sus cosas y se marchó no sin antes dar un portazo que amenazó con romper todos los vidrios.

—Que sirva esto como primer consejo, la puntualidad es parte del respeto que le debemos a las personas. No toleramos ese tipo de errores, y el que no crea poder cumplir con esa simple norma, háganos el favor de no hacernos perder el tiempo y retírese. —Dijo Vicente mirando hacia donde estaban los chicos.

Por supuesto nadie se puso de pie, todos estaban paralizados del susto, pero se mantuvieron en su sitio.

—Muy bien, entonces vamos a continuar.

Uno a uno fueron pasando a hacer su audición, Sara cada vez estaba más convencida que no tenía nada que hacer allí, todos eran talentosísimos, pero por lo menos se iría de allí con la satisfacción de haberlo intentado. Para más mala suerte ella era la última.

Cuando llegó su momento se puso de pie, y se quitó el jersey, no lo había hecho porque con los nervios le daba frío. Ella no había hecho ningún calentamiento como sus otros compañeros, pues nunca lo hacía, comenzaba a bailar y ya.

Se paró en el medio del salón, a Mateo y a Vicente casi se le salen los ojos, la chica estaba muy buena, tenía un cuerpo de infarto. Con el pantalón

de licra se le notaban todos los músculos de las piernas, un culo perfecto y los senos con su justo tamaño.

Cuando comenzaron a sonar las primeras notas de *Earned it* de The Weeknd, todo el mundo se sorprendió, era una canción lenta pero muy sensual, Sara bailaba con movimientos precisos y muy bien ejecutados. Era también muy flexible, la coreografía estupenda, y era muy sexy sin llegar a ser vulgar. Cuando la canción iba a terminar, con el último paso quedó de rodillas frente al jurado.

Vicente y Mateo habían tenido una erección, así como los otros dos heterosexuales que estaban en el salón, tanto que Vicente tuvo que recolocársela en el pantalón. Esa chica no solo tenía talento en el baile, la coreografía había estado estupenda, y aparte de eso, era dinamita pura.

—Yo no sé qué disciplina quiere estudiar esa chica, pero yo le enseño lo que quiera. —Le dijo Mateo a Ashley y a Vicente en voz baja.

—Ni lo sueñes. —Le dijo con un gruñido Vicente. Ashley lo miraba fijamente nunca lo había visto tan territorial.

Hicieron unas pequeñas deliberaciones, pues tampoco iban a tomar una decisión ese mismo día, los seleccionarían y luego debían hacer una nueva audición con otro tipo de baile. Pero Vicente se puso de pie y se dirigió hacia donde estaba Sara, ella estaba distraída hablando con el chico que tenía al lado.

Vicente se paró justo enfrente y le tendió la mano, Sara lo vio a los ojos y posó su mano encima de la de él. La llevó hacia el medio del salón mientras todos los miraban atónitos, Vicente sacó del bolsillo de su pantalón el móvil, buscó una canción y la hizo sonar por los altavoces. Era una famosa canción de salsa, tomó a Sara por la cintura y comenzaron a bailar.

Sara bailaba maravillosamente bien, se dejaba llevar, y estaban totalmente acompasados, parecía adivinar los movimientos de Vicente, a pesar de que ella estaba bailando de puntillas pues no tenía zapatos puestos, lo hacía con una gracia inigualable. Ambos se miraban a los ojos y sonreían, lo estaban disfrutando.

Cuando terminó la canción, la sala estalló en aplausos, todos se pusieron de pie, incluyendo Ashley y Mateo. Vicente y Sara hicieron una reverencia girándose hacia donde estaban los aspirantes, y luego hacia donde estaban los otros dos profesores. Luego Vicente se inclinó ante la chica para darle las gracias por la pieza que había bailado con él.

Los profesores dieron por concluida la jornada y en una semana se publicarían los resultados de las audiciones por la página web de la academia. Sara le escribió a su chofer, para que viniera por ella, mientras esperaba frente a la academia sintió que alguien la miraba, se giró y vio a Ava, la asistente de Vicente que estaba de pie en la recepción viendo hacia donde ella estaba. A Sara le dio escalofríos, pero en ese momento llegó su coche y se subió.

Vicente no podía creer lo que había pasado en el salón durante las audiciones, nunca había cometido un exabrupto como ese, debió controlarse para no caer en rumores, no quería que nadie pensara que le estaba dando ninguna ventaja.

Pero cuando vio a Sara Sullivan moviéndose de esa manera durante el primer baile, no se había aguantado, tenía que verla bailar otro género musical para ver si tenía talento de verdad, o solo era suerte de principiante.

Para colmo, con solo verla había tenido una erección, le dio mucha vergüenza cuando Ashley bajo la mirada y él se estaba recolocando la polla dentro del pantalón. A Mateo y a otros chicos más les había ocurrido lo mismo. Es que Sara se contoneaba de una manera, que tenían que estar sin sangre en las venas para no tener esa reacción.

Durante el resto de la semana siguieron las audiciones al final quedaron treinta preseleccionados, por supuesto, Sara fue uno de ellos. Cuando vio su nombre en la página web de la academia, comenzó a saltar sobre su cama como loca. Emma cómo se llamaba su madre entró en ese momento y la vio asombrada.

—Sara, hija. ¿Qué te ocurre?

—Nada, mamá solamente estoy muy contenta porque pasé a la siguiente fase de audiciones en la Academia Graham. —Le respondió Sara, tratando de no mostrarse muy contenta, no quería que su madre le fuera con el cuento a su padre de su exagerado entusiasmo.

—Me alegro, por ti cariño. Pero recuerda que eso es solo un hobby, debes enfocarte en tu carrera. —Puntualizó Emma y salió de la habitación.

Eso opacó un poco la alegría de Sara, pero inmediatamente se recordó en brazos de Vicente y se volvió a sentir feliz, nunca se imaginó que iba a poder bailar con ese genio, con su ídolo. Si no la seleccionaban en la última ronda, por lo menos había disfrutado de semejante honor.

Para la ronda final quería preparar algo de hip hop, aunque era difícil hacerlo sola iba a preparar un buen performance, para eso necesitaba una

buena canción que la hiciera sentir feliz y confiada, así que, eligió Work it de Missy Elliott. En algunas ocasiones había practicado con esa canción y tenía muy buenos pasos montados, así que, sin dudarlo se puso a trabajar.

El tan sonado día llegó, de vestuario escogió un pantalón muy corto de color blanco, con un top del mismo color y se lo combinó con una chaqueta plateada. Se puso una gorra blanca con detalles del mismo tono metálico muy al estilo del hip hop, también unos zapatos tenis blancos.

Guardó todo cuidadosamente en un bolso, pues no pensaba irse con esa ropa puesta, lo que sí hizo fue rizar su cabello, quería verse diferente, el maquillaje no fue muy distinto al de la ocasión anterior pues así era como se sentía cómoda.

Cuando llegó a la academia ya había mucha gente, a pesar de que era temprano quería cambiarse con calma, pues cuando estaba apurada se ponía aún más nerviosa. Había unas cuantas chicas que no había conocido la vez anterior. Todas muy guapas y muy bien arregladas. Pero esta vez se sentía muy segura, por lo menos de su aspecto.

La recepcionista les indicó que ya podían pasar al salón, allí estaba todo exactamente igual que antes, solo que en vez de tres sillas de jurado había por lo menos ocho. Cuando Sara iba caminando para entrar al salón se fijó en Ava, la estaba mirando de la misma forma que la semana anterior, esa mujer no le gustaba, le daba mucho miedo.

Los jurados se ubicaron, por supuesto los dueños de la academia se sentaron en medio y a sus lados los profesores. También estaba un fotógrafo y una chica muy guapa que era reportera. Les explicaron que se irían a casa sabiendo quien había sido admitido y quién no.

Cuando terminó el primer grupo de quince se tomaron un descanso, luego de media hora, comenzó el segundo grupo, esta vez Sara también era la última. Cuando llegó su turno, Vicente se tensó en su asiento, quería que la chica mostrara el mismo talento que las dos veces que la había visto bailar, deseaba entrenarla, nunca había sentido esa ansiedad con ningún otro alumno.

La música comenzó a sonar, y Sara comenzó a moverse, Vicente respiró aliviado, si antes había pensado que era buena, ahora tenía la certeza, definitivamente se quedaba con un cupo en la academia. Cuando terminó todos la aplaudieron, y es que eso es lo que ella inspiraba, aplausos y admiración. Su talento era innato y él iba a explotarlo.

El jurado les pidió media hora para decidir quiénes se quedaban, pero todos eran tan buenos que iba a ser difícil, de hecho, no les habían dicho nada, pero lo más seguro es que todos fueran aceptados.

Vicente sería el encargado de darles la noticia, se habían decidido, ninguno iba a ser eliminado. Cuando se los anunció los chicos se abrazaron y se felicitaron unos a otros. Hasta hacía unos minutos habían sido rivales, pero desde entonces serían compañeros, lo más probable es que en un futuro iban a competir de nuevo para conseguir trabajo, pero siempre compartirían el hecho de haber sido alumnos de la Graham School of Dancing.

Sara estaba muy contenta y Vicente la observaba con el rabillo del ojo, no quería ponerse en evidencia, sentía una atracción especial hacia ella, pero eso debía quedarse allí, él siempre seguía las normas, y la principal era jamás involucrarse con sus alumnas, eso solo traía problemas.

Sara esa noche tenía una cita con su ex novio, había aceptado porque su padre se lo había pedido, Benjamín o Ben como le decían todos era el hijo de uno de sus mejores amigos, ambas familias celebraban juntos las fiestas, se iban de vacaciones a la playa y sus madres iban juntas al spa.

Desde pequeños sus padres habían forzado la relación, cuando tenían dieciocho años hicieron el intento, pero no funcionó. Ben se enamoró de otra chica y engañó a Sara, aunque ella no le dio importancia, las familias montaron un drama. Tanto, que el pobre chico había tenido que invitarla a salir de nuevo.

Ellos se habían puesto de acuerdo para salir por un tiempo y luego dirían que lo habían intentado una segunda vez, pero que tampoco había funcionado. Sara le escribió a Ben para que viniera por ella a la academia, la chica lo esperó enfrente y cuando Ben llegó en su flamante Ferrari, se subió y le dio un beso en los labios, siempre se saludaban de esa forma.

En ese momento Vicente se había asomado por su ventana y había visto toda la escena, todo su buen humor se desvaneció.

—¡Hola! —Gritó Mateo cuando entró en la oficina en compañía de Ashley. Vicente los vio como si quisiera matarlos y se sentó en su silla. — ¿Y ahora qué coño te pasa? Parece que te hubieran metido un palo por el culo.

—¡Que fino eres! —Le dijo Vicente a Mateo, no soportaba cuando decía palabrotas, él las decía, pero en otro contexto más excitante, específicamente cuando follaba.

—Bueno, bueno, niños cálmense. ¿Qué les han parecido los estudiantes?
—Les preguntó Ashley.

—A mí me parece que son un grupo excelente, a algunos les falta mejorar un poco la técnica, pero tienen mucho talento. —Le dijo Vicente.

—Yo no sé si tienen talento, pero a Sara Sullivan me la quedo yo, si no sirve para bailar no importa, hay otras cosas para lo que estoy seguro que sí servirá y mucho. La chica está más que buena, joder. —Dijo Mateo.

Ashley y Vicente se giraron hacia Mateo, los dos querían matarlo, pero por diferentes razones. Ella por el comentario tan misógino, y él, porque por nada del mundo dejaría que el gilipolla de su amigo se le acercara. De Sara solamente se encargaría él.

4

Sara había tomado el turno de la mañana en la academia, cosa que le convenía a Vicente porque por las tardes por lo general iba al teatro, estaba a pocas semanas del estreno de su obra en Broadway y tenía que dedicarse de lleno a eso. Pero aun así tenía la imperiosa necesidad de guiar el trabajo de la chica en la academia y estaba dispuesto a quedarse hasta la madrugada trabajando si era preciso.

Luego del incidente de la oficina, Mateo no había hecho ningún otro comentario, pues Ashley lo había regañado muy fuerte por hablar así de las mujeres. Ella odiaba ese tipo de comentarios. Cuando estaba comenzando en su carrera tuvo que escuchar proposiciones sexuales, pero ella siempre se mantuvo firme, solo con su talento iba a llegar alto, y así fue.

Cuando Vicente escuchó todo lo que le decía simplemente se limitó a asentir, pues bastante ya estaba recibiendo su amigo. Pero las ganas de haberle dado un buen golpe no se le habían quitado.

El primer día de clases se dividirían los grupos, estaban los bailarines de ballet, los de danza contemporánea, Mateo era el coordinador de esos cursos, para los otros géneros en los que estaba incluida Sara, se iban a encargar Vicente y Ashley, era su fuerte y también eran los grupos más numerosos.

Las clases comenzaban a las ocho de la mañana, y terminaban a la una, luego de allí Sara se iba a la universidad para continuar con sus clases, las había cambiado todas por la tarde, luego a las seis al salir se iba a casa a practicar y también a hacer sus trabajos de la carrera. No tenía ni idea de cómo iba a lograr estar entera al final de la semana, pero lo iba a lograr.

Para colmo tenía que salir uno que otro día con Ben para poder seguir con la farsa y que los dejaran en paz. Sara no era como las otras chicas, nunca fue muy enamoradiza, de hecho a los 21 años era virgen, y lo era por elección. Había salido con varios chicos incluso con Ben había estado a punto de hacerlo, pero en el momento preciso, le entró una risa, que hizo que al chico se le quitaran las ganas de todo.

Él pensó que se estaba burlando de su tamaño, pero ella le explicó que simplemente era por los nervios, él también comenzó a reírse y luego de eso

no volvieron a intentarlo. Ben era su mejor amigo, no iba a estropear su maravillosa amistad por un polvo.

Después de ese día se dijo que no iba a acostarse con un hombre porque tenía que hacerlo, lo iba a hacer porque lo deseara, porque sintiera algo especial y si para eso tenía que esperar mucho tiempo, lo haría, hasta que llegara el indicado.

Luego de la primera semana todo iba bien, las clases que estaba recibiendo en la academia eran muy sencillas, la mayoría eran acerca de la autoestima, la actitud ante la vida, ante los éxitos y los fracasos. Las más fuertes con los profesores de baile propiamente comenzarían la siguiente semana.

El fin de semana Sara tuvo que asistir a una cena benéfica, su familia colaboraba con muchas causas, era su manera de compartir lo mucho que habían conseguido, esa semana era para ayudar a una organización que rescataba mujeres víctimas de la violencia.

Sara escogió para esa noche un vestido muy elegante color crema, era largo con una abertura hasta el muslo, y con un escote muy sensual en la espalda. Tenía incrustaciones de pequeños cristales, haciendo que llamara más la atención, el cabello se lo había recogido de lado con unos rizos muy sueltos. El maquillaje resaltaba los ojos, con un ahumado en gris, y los labios con un color rosa muy claro con su toque de brillo.

Sus padres igualmente ataviados con sus mejores galas, eran una pareja joven aún, su padre con cincuenta y cinco años, y su madre cincuenta, eran muy guapos y siempre lucían muy bien.

Cuando llegaron al hotel donde se llevaba a cabo la cena, los fotógrafos se agolpaban alrededor de los coches cuando estacionaban frente a la puerta, asistirían muchos famosos, porque ese año se cumplía el aniversario 25 de la fundación y quisieron que fuera especial. Inmediatamente se dieron cuenta de que era la familia Sullivan, comenzaron a tomar fotos, el padre de Sara era uno de los mejores abogados de la ciudad.

Una vez dentro, saludaron a medio mundo pues eran muy activos socialmente, conocían a mucha gente. Lo que no se esperaba Sara era encontrar a su profesor Vicente Cárdenas, nunca habían coincidido en ningún evento.

La chica trató de esconderse lo menos que quería es que se diera cuenta que era una niña rica, siempre la habían juzgado por eso, y le molestaba mucho. Pero al parecer el destino estaba confabulando contra ella, porque

tuvo que ir al baño y cuando iba saliendo, chocó de frente con un hombre, levantó la mirada para pedirle disculpas y era él, su profesor.

Vicente estaba vestido con un esmoquin Armani, por supuesto le quedaba perfecto, se veía guapísimo.

—Señorita Sullivan, que casualidad. —Le dijo Vicente.

—Profesor, buenas noches. Sí, es cierto, mucha casualidad. —Sara estaba muy incómoda.

—Yo no soy muy fanático de asistir a estos eventos, pero por una buena causa a veces hay que hacer algunos sacrificios. —Le dijo Vicente, tratando de disimular lo mucho que le gustaba la chica.

Ella le sonrió pues no tenía nada más que decir, cuando se iba, apareció Mateo y abrazó a Vicente.

—Cariño vine a ver por qué te estabas tardando tanto, ya van a comenzar a servir la cena. —Señorita Sullivan, encantado de verla. —Mateo se giró a ver a Sara.

Ella lo saludó con mucha cortesía y se marchó a su mesa, no sin antes volverse de nuevo, de verdad era una verdadera lástima que a su apuesto profesor no le gustaran las chicas. Porque a ella él le encantaba.

—Serás gilipollas, se puede saber ¿porque coño me has abrazado y me has dicho cariño delante de la chica? —Le preguntó Vicente muy molesto.

—Pues, porque te vi la cara de tonto, y cómo me prohibiste que me le acercara quise igualar el marcador, así tampoco vas a tener oportunidad. —Le dijo Mateo y se marchó a la mesa.

Luego de que sirvieran la cena, la gente comenzó a bailar. La banda era estupenda tocaba música de los años cincuenta, y muchas parejas estaban en la pista. Vicente miraba a Sara, que estaba sentada al lado de un chico, estaba seguro que era el mismo que había ido por ella en la academia. El chico estaba más pendiente del móvil que de la preciosa mujer que tenía al lado, Sara movía los hombros al ritmo de la música estaba loca por bailar.

Se puso de pie y fue en dirección a ella aprovechando que Mateo estaba tratando de ligar con la chica que habían sentado a su lado.

—Señorita Sullivan, ¿Me haría el honor de bailar conmigo? —Le dijo muy caballeroso Vicente, y le tendió la mano.

Sara le tomó la mano y se fueron a la pista, cuando Vicente puso la mano sobre la espalda desnuda de la chica, sintió la calidez y la suavidad de la piel, y el olor, olía a una mezcla de vainilla y rosas. No era un perfume fuerte, era algo muy sutil pero que le estaba removiendo todos los sentidos.

Trató de concentrarse en el baile, por supuesto en unos pocos minutos se hicieron de la atención de todos. Estaban perfectamente acoplados, bailaban a la perfección eran un espectáculo digno de admirar.

Cuando terminaron todos los presentes los aplaudieron y Vicente muy caballerosamente la acompañó a su mesa.

—Cariño, eso estuvo espectacular. —Le dijo Ben besándola en la mejilla. —¿No me presentas a tu pareja de baile?

—Por supuesto, Ben él es Vicente Cárdenas.

Los hombres estrecharon sus manos, en ese momento llegaron a la mesa también los padres de Sara. La chica también los presentó.

—Papá, mamá les presento a mi profesor de baile el señor Vicente Cárdenas.

—Mucho gusto, James Sullivan. —Vicente les ofreció la mano y le dio un beso en el dorso de la mano a Emma la madre de Sara.

Hablaron durante unos minutos, mientras tanto Ben no soltó a Sara la tenía abrazada dando a entender que eran pareja.

Vicente se disculpó y volvió a su mesa, estaba muy molesto, ese imbécil no le había quitado las manos de encima a Sara. Él, que nunca había sido violento tenía ganas de ir y darle un buen puñetazo y borrarle la sonrisa.

—Se puede saber ¿por qué te has pegado a mí como una garrapata cuando te presenté a mi profesor? —Le dijo Sara al oído a Ben.

Mientras sus padres los veían fascinados pensando que por fin estaban juntos de nuevo.

—Estaba marcando territorio. —Le respondió Ben, burlándose de su amiga.

—¿Cuál territorio, imbécil? Yo no soy de su tipo. —Contestó Sara aún más molesta.

—Y se puede saber ¿Cuál es su tipo? Porque tú eres lo que se dice “un 10”. Yo no te veo nada malo. —Le dijo mirándola y saboreándose.

—Sí, tengo algo muy malo, soy mujer. El profesor no busca chicas. —Le dijo la chica todavía sin creer la actitud de Ben, que lo único que le había faltado era levantar la pata y mearla.

—Sara, Sara. Serás tonta ese tío tiene de gay lo que yo tengo de médico. —Sara se le quedó mirando atónita, Ben veía sangre y se desmayaba. —Tienes que dejar de ser tan ilusa, ese hombre te estaba comiendo con la mirada.

—No puede ser, mira, el chico con el que está allí en su mesa es su pareja. —Ambos se giraron para ver en dirección a la mesa.

Mateo estaba totalmente pegado de la chica que tenía al lado diciéndole cosas al oído. La mujer sonreía y se sonrojaba claramente no le estaba contando fabulas. Vicente mientras tanto estaba totalmente concentrado en el móvil.

—Te lo dije querida Sara, ninguno de los dos es gay. A ese par le encantan las mujeres. —Le dijo Ben, sonriendo mientras ella no podía quitar la mirada del apuesto Vicente.

Sara le pidió a Ben que la llevara a casa, estaba agotada y a sus padres les encantaba quedarse hasta muy tarde. Cuando iban saliendo se toparon de nuevo con Vicente que también había pedido su coche. Esta vez no se acercaron se limitaron a sonreírse y Ben de nuevo tenía abrazada a Sara y le acariciaba la espalda de arriba abajo.

Vicente tenía los puños apretados, quería agarrar a ese imbécil y darle un par de buenos puñetazos para que le quitara las manos de encima a Sara. Pero, por supuesto, se limitó a sonreír, se despidió con un gesto y se dirigió a su coche que llegó primero, un lujoso Bentley.

Vicente no se fue directo a su casa, decidió dar una vuelta, estaba furioso, y muy excitado, no tenía ganas de estar con nadie, podía haber ido a buscar a alguna amiga para echar un polvo, pero no le apetecía, tenía ganas de una sola mujer y esa era Sara Sullivan. Esa chica tenía algo que lo estaba volviendo loco. Todavía podía sentir en su mano lo suave de su piel y podía percibir el olor de su perfume.

Lo peor es que no podía acercársele, tenía que respetar las normas que él mismo había impuesto, “no involucrarse con alumnos”. Aunque no era ningún delito pues todos eran mayores de edad, no lo veía ético. Pero cuando puso esas estúpidas normas no había conocido a Sara. Por supuesto estaba seguro que Mateo había roto esa norma, porque no podía mantener la polla dentro del pantalón.

Cuando llegó a su departamento, todavía estaba molesto, se imaginaba que Sara estaba en ese momento teniendo sexo con su novio. Era comprensible porque si él lo fuera, no dejaría de complacerla ni un día.

Se quitó la chaqueta del esmoquin y pudo jurar que estaba impregnado de su aroma, tanto que la polla se le puso dura, se desnudó y se metió a la ducha. Se masturbó pensando en Sara, pero fue en vano porque a los cinco minutos ya estaba duro de nuevo.

Encendió la televisión, y se puso a ver un programa de cocina, luego de 1 hora, se quedó dormido. Esa noche soñó con Sara y también con su abuela María, ella le decía que ya no buscara más, que abriera su corazón al amor, porque por fin había encontrado su magia.

Al día siguiente se acordó de lo que había soñado, las palabras que le había dicho su abuela María siempre se las decía su madre, que abriera su corazón al amor, él se preguntaba si eso era cierto, pues él siempre había comenzado las relaciones pensando que iban a fracasar, nunca estuvo dispuesto a entregarse totalmente. Lo que no entendía es porqué había visto a Sara también en su sueño. Después se lo achacó a lo ocurrido en el baile, y lo dejó pasar.

Tomó un desayuno ligero y fue a casa de sus padres, tenía unas cuantas semanas que no los visitaba, pero el sueño de la noche anterior lo había hecho reflexionar, tenía que aprovechar el tiempo con sus seres queridos. A sus padres los tenía cerca y nunca estaba con ellos, no quería que le sucediera lo mismo que le había pasado con su abuela.

Él la quería mucho y cuando murió se sintió muy triste solamente la veían cuando iban de visita a México, pues ella no podía venir a visitarlos por sus problemas de salud y por la falta de papeles. Era una mujer muy dulce y muy sabia. Le hubiese gustado tenerla cerca para que le contara sus anécdotas, esas que están llenas de sabiduría y también para darle mucho amor.

La noche de Sara no había sido muy distinta, estuvo muy inquieta, a pesar de que estaba cansada no podía conciliar el sueño pensando en lo que le había dicho Ben, pero no podía ser posible, ese hombre tenía que ser gay, ella estaba casi segura. Así que se concentró y a altas horas de la madrugada por fin se quedó dormida.

Soñó con una señora mayor, nunca la había visto en su vida, le dijo que abriera su corazón al amor, le dijo que pronto encontraría la magia, pero que tenía que cuidarse porque antes de encontrarla estaría en grave peligro. Cuando despertó por la mañana, le contó el sueño a Ana, su ama de llaves, la mujer le dijo que estuviera atenta porque los sueños de ese tipo casi siempre eran premonitorios.

Sara no le dio mucha más importancia y se dedicó a descansar, afortunadamente ya había salido de los exámenes en la universidad y ahora tenía un poco más de tiempo libre. Luego de que durmió un buen rato, entró

a internet a ver videos de baile y no aguantó la tentación de buscar algunos videos de Vicente.

5

El lunes a primera hora ya Sara estaba en la academia, llegó muy temprano, pues esa noche tampoco había dormido bien, estaba nerviosa, tal vez era por el hecho de que vería de nuevo a Vicente. El tonto de Ben había sembrado la duda en ella, acerca de la sexualidad del guapo profesor y para completar, su primera clase era con él.

Vicente llegó muy puntual, diez minutos antes de la hora de inicio de la clase, Sara lo vio pasar iba vestido con ropa deportiva, muy fina, se vestía de esa forma porque sus clases eran totalmente prácticas. El grupo era el más pequeño, nadie sabía cuál era el criterio de escogencia de los alumnos por parte de cada profesor.

En el caso de Sara había sido porque Vicente no iba a dejar que ningún otro profesor la entrenara, tenía demasiado talento y él iba a explotarlo al máximo, sabía que podía conseguir que se convirtiera en una estrella del baile y la coreografía.

También porque quería tenerla cerca, le gustaba mucho, sabía que se estaba acercando al fuego y lo más seguro es que se quemara, pero no le importaba en lo más mínimo, porque como siempre le decía su madre: “el que por su gusto muere, la muerte le sabe a gloria”. Él estaba dispuesto a probar la gloria.

El grupo entró al salón de clases y Vicente explicó lo que esperaba de ellos, también les dijo cuáles eran las normas durante la permanencia en clases y en general. Era un hombre bastante serio y exigente.

Les pidió que cuidaran su alimentación, que no consumieran drogas, ni bebidas alcohólicas, que debían dormir las horas suficientes, no quería que nadie se viera involucrado en ningún escándalo pues durante el curso eran la imagen de la academia, y sobre todo les exigió dedicación y disciplina.

Todos los chicos habían demostrado tener un talento excepcional, así que el objetivo de Vicente era potenciarlo, y para eso tenía que ser exigente.

Vicente se puso a trabajar, les pidió a todos los chicos que hicieran un breve calentamiento, por supuesto, él también lo hizo, Sara se puso a trabajar, con el rabillo del ojo miraba al profesor que con esa ropa se veía

aún más apetecible. Tenía que concentrarse, pero de verdad que con ese hombre enfrente era muy difícil.

Lo que ella no sabía es que él estaba pensando en lo mismo, Sara tenía una malla de un color crema que daba la impresión de estar desnuda, Vicente tuvo que hacer acopio de todo su profesionalismo para no pasar una vergüenza.

Tuvo que imaginarse que estaba rodeado de monjas, que estaba en una sala con su madre y sus amigas, no podía permitirse una erección pues con esos pantalones deportivos era imposible ocultarla.

Finalmente se concentró en la clase y pudo alejar esos pensamientos, todos los chicos dieron lo mejor. Ese grupo prometía, estaba seguro que en un año sus rostros estarían entre los principales espectáculos de Broadway, y de otros escenarios de la misma envergadura.

Vicente observó a Sara recoger sus cosas, se quedaba embelesado mirándola, tenía que disimular pero le era casi imposible. Esa mujer era como un imán y después que había bailado con ella en la gala benéfica, estaba más obsesionado aún. Esperaba que nadie se hubiese dado cuenta, pero había alguien que sí lo había hecho, Ava.

Sara salió corriendo de la academia, debía ir a la universidad, lo bueno era que al ya estar en el último año de carrera tenía menos horas de clase, eran más exigentes, pero menos horas al fin, así que, podía dedicarle ese tiempo libre a practicar las rutinas que les enseñaban.

Todo ese mes fue más o menos igual, clases de baile por la mañana, universidad por la tarde y prácticas por la noche. Los fines de semana estaba tan agotada que solamente dormía, y le pedía a Dios no tener ningún compromiso con sus padres porque no creía poder lidiar con esto.

Vicente ya tenía un mes aguantando la tentación, pero si seguía haciéndolo se le iban a gangrenar los testículos, era increíble el deseo que sentía por Sara Sullivan, así que decidió ponerle remedio al asunto, no quería echar un polvo con cualquiera, tenía que ser con ella.

Pero lo difícil era acercársele, porque primero no podía hacerlo en la academia, y segundo estaba seguro que ella pensaba que era homosexual, gracias al imbécil de su amigo Mateo. Lo único que tenía a su favor es que la chica era una fanática de su trabajo, y sabía que si la invitaba a ver los ensayos de la obra que estaba preparando, que se iba a estrenar en una semana, ella iría encantada.

Al día siguiente le pidió a Sara que se quedara unos minutos después de la clase, Vicente estaba expectante y eso lo volcó en el baile. Ese día estuvo peculiarmente enérgico, los estudiantes quedaron agotados, pero también admirados con el talento y la energía del profesor.

Luego que todos se habían marchado tal y como le había pedido Vicente, Sara se demoró un poco más recogiendo sus cosas y arreglándose, no quería que sus compañeros la vieran hablando con el profesor, no le gustaban para nada los malos entendidos.

—Sullivan, gracias por esperar. —Le dijo Vicente con un tono bastante profesional, su jugada la iba a hacer fuera de la academia.

—No es nada. Dígame profesor.

—Quería hacerte una invitación. —Vicente hizo una pequeña pausa para ver la reacción de Sara. —Me imagino que sabes que estoy próximo a estrenar una obra, donde soy el coreógrafo y personaje principal. —La chica asintió. —Hoy es lunes, es el único día que el teatro está cerrado y hacemos un ensayo general por la noche, ¿te gustaría ir a verlo? Estoy seguro de que te servirá mucho como aprendizaje.

Sara se quedó unos segundos reflexionando acerca de lo que le acababa de decir el profesor, era fanática de las obras de Broadway, de hecho algunas las había visto en más de una oportunidad, siempre soñando con que algún día sería parte de esos maravillosos elencos. No se lo podía creer.

—Sara ¿te ocurre algo? —Le dijo Vicente al ver que la chica se había quedado como muda.

—Disculpe profesor, para mí sería un honor y un placer ir a verlo. —Le dijo Sara mirándolo a los ojos.

Vicente casi que grita de la emoción, pero debía contenerse, de hecho, no iba a ir por ella a su casa para que no pareciera una cita, le iba a pedir que se vieran en el propio teatro.

Desde la distancia, Ava observaba la interacción entre el profesor y Sara, no le agradó lo que vio.

Sara llegó a casa con tiempo de sobra, aunque sabía que Vicente no tenía ningún interés en ella fuera del ámbito profesional, quería arreglarse bien, sin exagerar, pero bien arreglada. Escogió un vestido sencillo color turquesa, y encima se colocó una chaqueta de tela muy ligera, en mayo ya la temperatura comenzaba a subir, así que, no hacía falta abrigarse tanto. El cabello se lo dejó lacio y se maquilló muy suave como siempre, se puso unas sandalias de plataforma beige que le gustaban mucho.

A la hora pautada le pidió a su chofer que la llevara al teatro, luego le avisaría a qué hora tendría que ir por ella o si había algún cambio también se lo haría saber. Estaba entre nerviosa, y ansiosa, estar en el teatro vacío viendo todo lo que está detrás de una de esas fabulosas producciones musicales, era espectacular.

Vicente le había dicho que le avisara cuando estuviera frente al teatro, la chica le escribió diciéndole que estaba esperando afuera, él salió de inmediato por la puerta lateral, por donde entraban los artistas.

Al verla le entraron unas ganas enormes de besarla, y de hecho lo hizo, pero no como él hubiese querido, se limitó a darle un par de besos en las mejillas, tenía esa costumbre desde que había vivido en Madrid.

A Sara le sorprendió mucho la forma en que Vicente la había saludado, pero también le había encantado, olía delicioso, a masculinidad, con un toque muy sutil de colonia, a esencia para después de afeitarse, ella no podía identificar a qué, pero le gustaba.

El teatro por dentro era espectacular uno de los más grandes e importantes del Circuito de Broadway, tenía una capacidad de unas mil seiscientas personas, y el elenco era maravilloso, cuando todo estuvo dispuesto y Vicente había dado sus instrucciones finales comenzaron, como observadores solamente estaban el director, los productores y el resto del personal involucrado. Era maravillosa, definitivamente su profesor era un genio.

Cuando terminaron, el elenco hizo un círculo y se abrazaron, todo estaba listo, una de las bailarinas de las más guapas por cierto abrazó a Vicente y le dio un gran beso en la boca. El hombre trató de apartarla, no quería que su invitada los viera juntos.

Sara se sorprendió, pero con eso y con lo que le había dicho Ben, tenía muchas dudas, tenía que comprobar si de verdad era homosexual. Luego de despedirse de todos, Vicente se acercó donde ella estaba.

—Y bien. ¿Te gustó? —Decidió tutearla, si iba a meterse entre sus piernas lo más sensato era eso.

—¡No me gustó, me encantó! Profesor es usted un genio. —Le dijo la chica muy entusiasmada.

—Yo no soy ningún genio, Sara. Simplemente disfruto mucho de mi trabajo, además el mérito no es solo mío.

Ella se le quedó mirando con admiración, hubo unos minutos de un silencio, que resultaron un poco incómodo, ninguno de los dos sabía que

decir, así que, ella tomó la iniciativa.

—Bueno... supongo que debo marcharme. Le agradezco mucho el haberme invitado. —Sara se puso de pie con la intención de salir y avisarle a Charly que fuera por ella.

—¿Tienes quién te lleve? —Él sabía que sí tenía, pues todos los días la espiaba al salir de la academia, para ver con quién se iba y siempre iba el chofer a buscarla.

—Sí, enseguida le aviso a mi chofer para que venga por mí.

A Sara le incomodaban esas cosas ya que sabía que era muy snob pero su padre insistía.

—Mi padre insiste en que no ande sola, y en realidad a mí me parece bastante cómodo. —Dijo para disculparse, lo cual era tonto porque no era nada malo.

—Claro. Pero si quieres yo te llevo, no queda lejos de mi casa. —Le dijo Vicente, rogando que aceptara, se sentía como un chiquillo.

—Está bien, si no es molestia...

—Para nada, deja que recoja mis cosas y nos vamos.

Vicente estaba feliz ahora tendría que aprovechar e invitarla a tomarse un café.

Salieron juntos del teatro, el coche de Vicente estaba estacionado como a dos cuadras, iban caminando y hablando totalmente distraídos de lo que ocurría a su alrededor, así que, no se dieron cuenta que alguien los vigilaba desde un callejón.

Cuando llegaron al coche, Vicente muy caballeroso le abrió la puerta del copiloto para que la chica entrara, y dio la vuelta para subirse él, cuando entró en el coche sintió de nuevo ese delicioso olor, tenía que tratar de calmarse pues si no lo hacía le iba a saltar encima, ya no aguantaba más, la deseaba y mucho.

—Yo tengo hambre, ¿te gustaría acompañarme a cenar? —Dijo Vicente de repente rompiendo el silencio.

Sara no se lo pensó mucho y asintió, total, ella también tenía mucha hambre con el apuro no había podido comer bien.

Vicente se dirigió hacia Upper West Side, muy cerca de su departamento había un restaurante pequeño pero que le gustaba mucho, era de comida mexicana, los dueños eran una pareja de más o menos la edad de sus padres, se comía muy bien, pero lo mejor era el trato tan agradable. Él iba mucho allí, aunque su madre lo había enseñado a cocinar, casi siempre le

ganaba el cansancio y terminaba llamando a “El Pozole” para que le prepararan algo.

Afortunadamente consiguieron estacionarse a unos pocos metros de la entrada, el clima estaba muy agradable, y había mucha gente caminando. Cuando entraron al restaurante los recibió el dueño Manuel, que los saludó y los ubicó en una mesa, la más discreta en un rincón donde se podía ver todo el restaurante.

—Qué alegría tenerte por aquí muchacho. —Le dijo el hombre en español dándole una palmada en la espalda a Vicente. —Siempre vienes con mucha prisa a buscar la comida, y veo que vienes muy bien acompañado de una bella mujer. Espero que sea tu novia.

—Sí, Manuel, es preciosa, yo también quisiera que fuera mi novia, pero todavía no lo es. —Le respondió Vicente.

—No te preocupes. Enamórala y verás que te acepta. —Le dijo el hombre sonriéndole a Sara.

—Que bonito lugar tiene usted, señor Manuel. —Le dijo Sara. Ambos hombres se miraron, Manuel le regaló una sonrisa y se retiró.

Vicente sintió que todos los colores se le subieron al rostro. Pero ya el mal estaba hecho.

—Por favor, Sara discúlpame. —Le dijo Vicente.

—No se preocupe profesor. —Le dijo Sara, con un tono muy calmado, pero su yo interior estaba haciendo porras con un par de pompones gigantes, había escuchado bien, le parecía preciosa a Vicente.

—Podemos tutearnos, no estamos en la academia. —Le dijo él aprovechándose del momento.

La chica le sonrió, ya entre ellos se había roto el hielo, hablaron durante largo rato mientras disfrutaban de las delicias que les había servido Manuel, luego se tomaron un café, Vicente quería saber todo de Sara, la interrogó a conciencia, ella le dijo que era única hija, se enteró también que estaba terminando la carrera de leyes, y él le mencionó que su hermana era abogada.

Cuando le preguntó acerca del español, ella le dijo que no era el único idioma que hablaba aparte del inglés, también hablaba francés, alemán, italiano y algo de portugués le faltaba perfeccionarlo, también un poquito de chino. Vicente se sorprendió pues él apenas hablaba, inglés, español e italiano, y le había costado Dios y su ayuda aprenderlo.

Ella también le preguntó acerca de su familia, y a él se le salió la baba mostrándole las fotos de sus sobrinos, eran su vida, también le mostró fotos de sus padres y de toda su familia. Cuando estaba pasando las fotos Sara le arrancó el móvil de las manos, había una foto de la señora con la que ella había soñado.

—Vicente, ¿Quién es esta señora? —Le preguntó la chica muy impactada.

—Es mi abuela María, murió hace unos 10 años, vivía en México. ¿Por qué?

—No me lo vas a creer, pero hace unos días, creo que fue la noche que fuimos a la gala benéfica, soñé con ella o alguien muy parecida a ella. Pero no me hagas caso a lo mejor me lo estoy imaginando. —Le dijo Sara muy confundida.

—Ahora debes contarme qué fue lo que soñaste. —Contestó muy intrigado.

—Está bien. Me dijo que me abriera al amor, porque pronto encontraría la magia, pero que tuviera mucho cuidado porque antes de hacerlo iba a estar en grave peligro.

Los ojos de Vicente se abrieron como platos, él también había soñado con su abuela María, le decía lo mismo y el mismo día. Posiblemente había encontrado en Sara su magia. ¿Pero a qué peligro se refería?

6

Sara y Vicente terminaron su café en silencio, ambos estaban pensando en lo ocurrido, en la casualidad, Sara nunca había visto a la abuela María, entonces, ¿cómo es posible que hubiese soñado con ella?

Vicente no se atrevió a contarle que él también había soñado lo mismo y el mismo día. Sentía que la cabeza le iba a explotar con tantas posibilidades, por lo menos le sirvió para que de momento se sacara la idea del sexo con Sara. Tenía que tomarse las cosas con calma.

El edificio donde vivía Sara estaba bastante cerca, así que, en unos pocos minutos ya estaban enfrente, era bastante tarde y al día siguiente tenían clases, pero el tiempo que habían estado juntos había sido tan agradable que pasó volando.

—Buenas noches, Vicente. Gracias por compartir conmigo el ensayo, por la deliciosa comida, y por la agradable conversación. —Sara le extendió la mano para despedirse, pero él se acercó y le dio un beso en la mejilla rozándole la comisura de los labios.

—No, gracias a ti. Me divertí mucho, y espero que podamos repetir pronto. —Le dijo Vicente con una voz ronca, muy sensual.

—Por supuesto, cuando quieras. Sabes dónde encontrarme. —Sara se giró y salió del coche, regañándose por lo que acababa de decir, debió haber quedado como una tonta.

Minutos después se sintió feliz, había comprobado que el guapo profesor Cárdenas no era nada gay. Pasó por la portería y saludó. Cuando subió al ascensor, comenzó a bailar como loca celebrando.

Cuando entró a su casa, su madre y su padre estaban en el salón, ella ya había superado la etapa de que la esperaran molestos porque había llegado tarde. Pero sus padres siempre la sorprendían.

—¿Se puede saber dónde estabas? Ben llamó hace rato para invitarte a cenar, así que no nos vengas con el cuento de que estabas con él. —Le dijo James.

—No estaba con él, pero creo que estoy bastante grandecita para que me estén pidiendo ese tipo de explicaciones. Buenas noches, me voy a dormir.

—Respondió Sara sacando el carácter que siempre trataba de ocultar para evitar problemas.

Ya estaba harta de que quisieran controlarla, era una chica de 21 años, buena estudiante, buena hija, no entendía la actitud tan dominante de ellos. Sabía que ella misma se los había permitido, pero ya no iba a tolerarlo más.

Por la mañana tomó un desayuno ligero y se marchó a la academia, agradeció al universo no haberse encontrado con su madre, porque era la reina del drama, y esta vez no iba a caer en sus trampas.

Estaba decidida a hacerse más independiente, por ahora solamente dejaría de fingir que estaba con Ben, era muy buenos amigos, pero no le apetecía para nada pasarse tres o cuatro días de la semana con él, simplemente para que creyeran que eran pareja.

La noche anterior se había divertido mucho con Vicente y quería repetirlo, ya estaba segura de que no era gay, ahora solo le faltaba comprobar que ella le gustaba, y lo iba a hacer lo más pronto posible.

Cuando Sara llegó a la academia, se fue directo a su casillero a guardar sus pertenencias, de repente sintió un escalofrío que le recorrió la espalda como si alguien la estaba vigilando. Comenzó a buscar y no vio a nadie. Pero no estaba equivocada alguien la estaba observando y muy de cerca.

Entró al salón de clases y justo después entró Vicente, saludó como todos los días y les ordenó que se prepararan para el calentamiento. Ese día Sara había escogido una malla completa con una transparencia que iba desde la parte baja de los senos hasta unos centímetros más debajo de la cintura, dejando el torso a la vista.

Era roja y cada vez que se la ponía se sentía muy sexy, nunca lo había hecho delante de otras personas solo para practicar en casa, pero cuando vio la expresión de Vicente y de un par de compañeros, supo que había valido la pena.

Ese día le fue imposible a Vicente concentrarse, dejó que simplemente practicasen lo aprendido las semanas previas y se sentó a admirar a Sara. Se movía de forma muy sensual los chicos se le pegaron como garrapatas, querían supuestamente bailar con ella, pero solo querían ponerle las manos encima.

Cuando terminaron la clase, la chica que no era tonta se quedó de última, quería ver la reacción de Vicente, porque el hombre parecía jugador de póker, la única señal que le había dado es cuando la vio al entrar, pero luego nada de nada.

—Hasta mañana, profesor Cárdenas, que tenga un buen día. —Le dijo Sara, cuando pasaba a su lado casi llegando a la puerta.

Vicente la tomó del brazo y cerró.

—Dile a tu chofer que no venga a buscarte, yo te llevaré a dónde tengas que ir.

Sara asintió, pero no dijo nada, agarró la perilla de la puerta y abrió, cuando salió Ava la estaba observando de una manera muy extraña. La saludó, pero ella no contestó, fue a su casillero y cuando lo abrió salió una serpiente, lanzó una mordida justo hacia su rostro. Afortunadamente ella se había volteado porque escuchó como si alguien la había llamado.

La chica fue lista y tiró la puerta para cerrarla, inmediatamente comenzó a llamar para que la ayudaran. El primero en llegar fue Mateo, ella le explicó lo sucedido abrieron con cuidado y efectivamente estaba allí. Llamaron al 911 y enviaron a Control de Animales. La serpiente no era venenosa, pero tenía unos colmillos muy grandes y la mordida era bastante dolorosa, de haber atinado a la cara de Sara habría pasado un mal rato.

Vicente también había llegado a ver que sucedía, Sara estaba sentada en el suelo, estaba temblando, luego de haber reaccionado se había asustado mucho, no se explicaba cómo había llegado ese desagradable animal allí. Cuando ella había guardado las cosas estaba segura que no había nada, y era imposible que se metiera sola.

Le ofreció la mano para que se pusiera de pie, y se la llevó a su oficina con la excusa de tranquilizarla, cuando pasaron enfrente de Ava, está apretó los puños, fue un gesto casi imperceptible, pero Vicente siempre estaba atento a todo y se dio cuenta. Cuando estuvieron dentro cerró la puerta para que nadie los interrumpiera.

—Ven aquí...

Vicente abrió los brazos y Sara se acercó, él la abrazó y le acariciaba la espalda con mucha delicadeza, no quería aprovecharse de la situación simplemente quería tranquilizarla. No estaba seguro que ella sintiera la misma atracción que sentía él así que todavía no iba a actuar.

—Tranquila, tranquila...

Sara estaba nerviosa, pero inexplicablemente con ese pequeño gesto se estaba tranquilizando.

—Gracias, profesor. —Le dijo Sara, todavía abrazada a Vicente.

—Estamos solos, así que soy Vicente. —Sara se sonrió.

Pasados unos minutos se separaron, él la invitó a que se sentara y le contara lo sucedido, inmediatamente entró en el programa de las cámaras de vigilancia, alguien había puesto la serpiente en el casillero y en las grabaciones debía estar el responsable. Para sorpresa de ambos, las cámaras habían fallado durante media hora esa mañana.

Luego le dio la llave para que ella no tuviera que esperarlo en la calle, le dijo dónde lo había estacionado. A los diez minutos entró en el coche, Sara tenía clases en la universidad, pero todavía le quedaban un par de horas para comer algo, así que, le pidió el favor que la dejara en un McDonald, tenía ganas de salirse de la dieta.

Por supuesto, él se auto invitó no tenía ganas de separarse de ella y mucho menos de dejarla sola. Cuando llegaron al campus y Sara se fue a bajar del coche, Vicente le tomó la cara con las dos manos y le dio un suave beso en los labios, cuando vio que ella abrió la boca, la besó con más ardor.

—Discúlpame Sara, pero tengo muchos días aguantando las ganas de hacerlo. —Le dijo Vicente muy pegado a ella y con los ojos cerrados, disfrutando del sabor de sus labios y conteniéndose para no follarla allí mismo.

—No tienes porqué pedir disculpas, yo también tenía ganas, pero no estaba segura de...— Sara se quedó callada no quería estropear el momento.

—No estabas segura de que me gustaran las mujeres, ¿verdad? —Le preguntó Vicente, mientras planeaba cómo matar a Mateo.

—Sí, el día de la cena pensé que tú y el profesor Lombardi eran pareja.

—Ese gilipollas lo hizo a propósito, porque yo le advertí que no se te acercara.

Ambos estallaron en carcajadas, Mateo era un imbécil, pero uno muy gracioso, pero de todos modos se la iba a pagar.

Vicente ya había probado sus ricos labios, y no podía despegarse antes de que se bajara del coche, se dieron unos cuantos besos más. Quedaron de acuerdo para verse de nuevo esa noche, todavía quedaban unos días para el estreno y quería aprovecharlos, porque con funciones diarias hasta los domingos iba a ser difícil poder verse.

Pero, ¿qué estaba haciendo?, apenas se habían dado un par de besos y ya estaba planeando cómo iban a poder verse las próximas semanas, eso parecía de locos. Solamente iba a tener sexo con ella y luego cada quien a

lo suyo, no debía trascender, de hecho lo haría una sola vez, para quitarse las ganas. Pero luego él mismo supo que no podría engañar a nadie.

Ese día Sara no prestó ni la más mínima atención a lo que su profesor de derecho internacional le decía, todavía podía sentir los labios de Vicente sobre los de ella, besaba delicioso, la había hecho sentir mil cosas, y se había excitado. Cuando había estado con Ben y con otros chicos le gustaba besarse, pero con ellos no sintió nada en comparación.

Estaba deseando salir para volver a verlo, afortunadamente Charly ya la estaba esperando a la hora de salida, cuando llegó a su casa, se metió al baño, quería ponerse muy guapa, sabía que lo más probable es que no fueran más allá de una cita.

Primero quería saber si él era el indicado, hacía unos días se había prometido que no iba a acostarse con un hombre por hacerlo, quería saber si podía sentir ese algo especial que ella buscaba, si llegaba a sentir la magia que le había dicho la abuela de Vicente en el sueño.

Así que se arregló a conciencia, se puso un vestido sencillo. Sara, a pesar de tener mucho dinero desde la cuna, no solía exagerar, siempre estaba a la moda pero muy conservadora. Esa noche eligió uno azul celeste, sin mangas y con el escote cuadrado, entallado al cuerpo.

Vicente llegó muy puntual como siempre, una virtud digna de alabar, le escribió al móvil para que bajara. Se subió al coche, y lo saludó. Ninguno de los dos sabía qué hacer, si besarse de nuevo o no. tomó la iniciativa, le tomó la mano y la colocó encima de su muslo. Sara sonrió, no se lo había imaginado así tan cariñoso, ese hombre le gustaba demasiado.

Vicente había pensado en llevarla a algún restaurante, pero corría el riesgo que algún paparazzi los fotografiara juntos y eso no le convenía, ambos eran solteros y sin compromiso, pero ella era su alumna. Así que encargó una rica cena a un restaurante, y pidió también que alguien se la sirviera en su casa.

Sara se sorprendió mucho cuando Vicente entró con el coche a un estacionamiento de un edificio en Upper West Side. Se bajaron e inmediatamente entraron a un ascensor, el edificio era antiguo y tenía un encanto particular.

Vicente vivía en el último piso, en el que había un solo departamento, cuando entraron Sara se quedó fascinada con la decoración. Era muy hogareña y agradable, nada de ostentación y lujo como era su casa, se notaba que se había preocupado por los detalles. En su casa, al igual que la

oficina tenía muchas fotografías en blanco y negro, pero esta vez no eran de su trabajo, estas eran de su familia.

Era de concepto abierto, y se podía apreciar todo desde la entrada, la cocina muy moderna, en donde estaba un chico preparando todo, tenía el uniforme de un famoso restaurante de comida italiana, un salón grande y el comedor, luego se veía otra zona que Sara presumía eran las habitaciones.

También tenía una enorme puerta francesa que daba hacia la terraza que estaba llena de plantas, y también había una mesa debajo de un toldo donde se imaginó a Vicente tomando su desayuno todas las mañanas.

Precisamente allí, era donde cenarían, la invitó a salir para sentarse a comer, ya todo estaba listo, inmediatamente el chico sirvió todo, cuando terminó se retiró de forma muy discreta. La cena estuvo deliciosa y la compañía mucho mejor.

Mientras comían, sonaba una música muy suave, cuando terminaron de comer comenzó a sonar por los altavoces, la canción que Sara había bailado en su primera audición: Earned It de The Weeknd. Vicente la invitó a bailar, la puso precisamente porque en ese momento, cuando la vio bailar por primera vez y casi sin conocerla, se había dado cuenta de lo mucho que la deseaba.

Bailaron muy juntos, solo con la iluminación de las velas y de la luna, dentro del departamento todo estaba a oscuras, solo con unas velas en lugares estratégicos.

Vicente comenzó a besarle el cuello a Sara, ella ladeó un poco la cabeza para que él tuviera mejor acceso. Le daba pequeños besos, desde la oreja hasta la barbilla, se acercaba a la boca, pero no llegaba a besarla.

Sara quería besarlo, pero se limitaba a cerrar los ojos, no quería perderse ninguna sensación. Luego de unos minutos la besó, la canción seguía sonando, se escuchaba en todo el departamento, era muy sensual y ambos se movían al ritmo de la música.

Vicente estaba muy excitado, tenía una gran erección, no quería forzar las cosas, pero si esa noche no tenían sexo, iba a ser algo muy malo para él.

Continuaron besándose, se miraron a los ojos y se dieron cuenta que querían seguir adelante, Vicente la tomó de la mano y la llevó a su habitación. Allí se siguieron besando, disfrutando el sabor de esos ricos besos.

Sara tomó la iniciativa y comenzó a soltarle los botones de la camisa, tenía las manos temblorosas y se le hacía muy complicado, Vicente puso

sus manos encima de las de ella y la ayudó, cuando terminó de quitársela, la chica se quedó admirándolo, era delgado, pero todos los músculos estaban perfectamente marcados.

Luego le tocó el turno a Vicente, el vestido era muy sencillo de quitar, una cremallera y listo, pero lo hizo despacio, cuando la vio en sujetador y tanga, la polla se movió dentro del bóxer. Era perfecta en todos los sentidos, el color de la piel, el tamaño de los senos, las curva entre la cintura y la cadera.

Con delicadeza la tendió en la cama, él se quedó de pie y la admiró parecía un ángel, con la piel blanquísima, el cabello negro y unos ojos azules preciosos, pero lo más hermoso, era el rubor que tenía en las mejillas.

Vicente se quitó el pantalón, y se colocó encima de ella, quería besarla por todo el cuerpo, apartó el sujetador, admiró los preciosos y rosados pezones. Cuando iba a llevárselos a la boca, Sara le agarró el rostro con las dos manos y le dijo:

—Tengo algo que decirte...

Vicente se detuvo en seco, no se imaginaba lo que le iba a decir la chica, a lo mejor, le diría que le iba el sado, o que quería que la atara, o algo más raro aún. En su vida había estado con muchas mujeres y algunas tenían gustos muy extraños.

Se tendió a su lado a ver con qué le salía, también cabía la posibilidad de que lo chantajeara, al fin y al cabo ella era alumna en un instituto donde él impartía clases. De golpe, las ganas de follar se le habían quitado.

—Verás. Es que.... bueno...yo... —Dijo Sara muy nerviosa.

—Sara, por favor termina de hablar. —Vicente ya estaba cabreado.

—Bueno, resulta que yo soy virgen. —La última palabra la dijo muy bajito. Tanto que Vicente no escuchó bien.

—Qué tú eres, ¿qué? —Le volvió a preguntar, Sara pensó que se estaba burlando de ella y se levantó de la cama, para marcharse.

—¡Qué soy virgen! Tampoco creo que debas burlarte de eso. En este momento me siento como un bicho raro. —Gritó la chica.

Vicente abrió los ojos como platos, ¿cómo era posible que esa hermosa y perfecta mujer hubiese llegado a los veintiún años virgen? pero por Dios ¿Qué les estaba pasando a los hombres?

Sara recogió del suelo el vestido y se lo estaba colocando muy molesta, se había sentido humillada, tampoco era tan malo ¿no? Vicente no

reaccionaba todavía, cuando lo hizo, ya la chica se estaba poniendo los zapatos.

—Espera cielo, por favor. —Se levantó y la abrazó. —Cómo puedes creer que me estoy burlando de ti, es que no escuché lo que me habías dicho, y luego cuando lo asimilé me pareció increíble, eres una mujer preciosa, ¿Dónde estabas escondida? Para que nadie hubiese intentado nada contigo.

—Claro que lo intentaron, pero yo estaba esperando al indicado. —Respondió ella como si nada.

—Cielos, ¿Cómo sabes que yo soy el que se merece ese maravilloso regalo? —Le dijo Vicente conmovido.

—No lo sé, pero algo aquí me lo dice. —Contestó Sara, mientras se ponía la mano en el corazón.

7

Vicente aceptó el maravilloso regalo que ella quería hacerle, la besó, pero esta vez con más delicadeza, iba a darle una primera vez memorable, de hecho, para él también era la primera vez, nunca se había acostado con una virgen, les huía, para él eran muy complicadas. Pero con Sara era distinto, tenía la necesidad de ser el primero que la tocara por todo su cuerpo, quien la hiciera vibrar por primera vez.

La desvistió de nuevo, pues la pequeña fiera se había vestido por completo, antes de acostarla en la cama, le quitó el sujetador, cuando ya estaba sobre la cama se puso encima de nuevo, y la besó por el cuello con pequeños y delicados besos, luego iba de nuevo a los labios, después le besó un pezón, Sara gemía en voz baja, luego le besó el otro.

Cuando ya estaban duros, les dio unos suaves mordiscos para sensibilizarlos aún más, bajó por todo el vientre, lo tenía muy plano y mientras la besaba, le bajó la tanga, y estaba totalmente depilada, los labios rosados, y húmedos a causa de la excitación.

Sara sabía lo que Vicente le iba a hacer, era virgen pero no tonta, lo único que le faltaba era la práctica, pues había visto y leído de todo. Así que abrió un poco más las piernas para facilitarle el trabajo.

Vicente pasó la lengua a lo largo de los labios vaginales, era deliciosa tal y como se la imaginaba, luego con dos dedos los abrió para tener más fácil acceso al clítoris, que ya estaba algo hinchado. Primero le pasó la lengua alrededor, después lo chupó, Sara arqueó la espalda, esa era una buena señal, continuó chupando de una manera que ella pensó era imposible. A los pocos segundos tuvo un orgasmo.

Vicente se devoró todo el delicioso néctar, ya él se había quitado todo, buscó en la mesilla de noche un condón, siempre tenía allí, y no porque usara su casa para follar, siempre iba a hoteles, afortunadamente ese era el sitio elegido para guardarlos porque estaba seguro que no hubiese podido caminar hasta el baño para buscarlos.

Cuando ya tenía puesta la protección, colocó la punta del pene en la entrada de ella, no había querido usar los dedos para no hacerle daño. Pero ahora tenía que hacerlo para ver si estaba lo suficientemente húmeda para

recibirlo, le metió un dedo y sintió lo mojada y tibia que se sentía, iba a tener que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no penetrarla con fuerza.

Comenzó a entrar centímetro a centímetro, despacio, Sara le clavó las uñas en la espalda cuando sintió una pequeña molestia, Vicente se detuvo ella tenía los ojos cerrados.

—Cielo, abre los ojos, quiero verte cuando te corras. Sé que duele un poco pero ya va a pasar, luego te va a gustar. —Ella abrió los ojos y asintió.

Vicente terminó de entrar, la polla estaba a punto de explotar, pero tenía que hacer que ella disfrutara primero, era su primera vez y era para ella. Después se la iba a follar en todas las formas y en todas las posiciones.

Comenzó a moverse suave, cuando ella comenzó a subir la cadera para acompasarse con sus movimientos, la penetró más fuerte, Sara gemía y él también, los sonidos en la habitación eran de sexo acompañado por esa hermosa melodía que sonaba repetidamente, desde ese día esa sería su canción favorita.

Sara no aguantó más y se corrió nuevamente, era muy receptiva. La imagen de su rostro mientras se corría lo iba a acompañar toda la vida.

Luego de disfrutar de tan maravilloso espectáculo, él también se dejó llevar. Salió de ella con mucho cuidado, y fue al baño a quitarse el preservativo. Se aseó un poco y trajo una toalla húmeda para limpiarla. Ese gesto le pareció muy hermoso a Sara, en todo momento la había cuidado.

Si su relación no prosperaba, no importaba, su primera vez había sido maravilloso, y había sido con el hombre ideal. Un hombre hecho y derecho, no un chico tonto que luego saliera a contarles a todos sus amigos la hazaña. Definitivamente había tomado la mejor decisión.

Vicente se acostó a su lado y la abrazó, sabía que no podían quedarse a dormir juntos, pero los minutos que le quedaban, quería que fueran de esa manera. Él era un hombre sensible, tenía que serlo pues en su profesión era primordial, y en ese momento fue lo que consideró oportuno.

Se besaron un poco más, pero Vicente se contuvo, sabía que no debían hacerlo de nuevo pues corrían el riesgo que le doliera. Ya tendrían más oportunidades, eso era lo que él esperaba. La llevó a casa, a eso de las 2:00 de la madrugada, se despidieron con más besos. La pareja de amantes no se dio cuenta que un coche los había seguido.

Al siguiente día, Sara no sabía cómo iban a ir las cosas, estaba segura que alguna mirada algún gesto la iba a delatar. Pero se propuso a lograr que

nadie se diera cuenta de que algo había pasado entre ellos.

Vicente tan profesional como siempre, dio su clase como si nada, ese día más contento de lo normal, él siempre era muy serio pero ese día sonrió en más de una ocasión. A pesar de que su asistente no se había presentado, se encontraba feliz, no iba a permitir que nada opacara su felicidad, ni siquiera la enorme carga de trabajo.

Ese día no iba a poder llevar a Sara a la universidad, la ausencia de Ava había complicado las cosas, así que, le escribió al móvil y le dijo que le dijera al chofer que viniera por ella, pero que él pasaría a buscarla.

Ya Charly estaba afuera, pero estaba del otro lado de la avenida, había una furgoneta estacionada justo enfrente de la academia y no pudo estacionarse allí. Sara se lanzó para cruzar pues no venía ningún coche.

Cuando iba por el medio de la calle un coche salió de la nada, Ben también iba caminando en dirección al coche de Sara, pues él también había ido a buscarla, se dio cuenta de lo que iba a ocurrir, corrió y empujó a su amiga para que no la atropellaran.

Sara cayó al suelo al otro lado de la calle, a Ben el coche si lo alcanzó, pero solo con el lateral, el chico era fuerte y corría muy rápido, con todo y eso quedó tendido con un fuerte dolor en la pierna. Vicente, que había visto todo por la ventana, bajó como un loco por la escalera hablando con el 911.

En menos de diez minutos ya estaban las ambulancias atendiendo a Sara y a Ben, que estaba bastante adolorido, se le había fracturado la pierna. Sara estaba muy magullada, cuando su amigo la empujó cayó de plano en el asfalto y se raspó el brazo y el muslo. En la mejilla también tenía un raspón.

De la academia habían salido todos, incluyendo Mateo y Ashley. Vicente temblaba, había visto en cámara lenta todo lo ocurrido, cuando llegó la policía le contó todo. Describió el coche que se había dado a la fuga, pero con los nervios no pudo fijarse en la matrícula. Otros testigos del hecho sí pudieron aportar otros datos.

Las ambulancias se fueron al hospital con ambos heridos. Charly, el chofer acompañó a Sara, pues era lo más cercano a un familiar que había en el lugar. Vicente se montó en su coche y arrancó como un loco detrás de la ambulancia. Ashley lo estuvo observando y le pareció extraña su actitud, a su amigo le ocurría algo con esa chica.

Cuando llegaron al hospital, ingresaron a Sara y a Ben a emergencias. Vicente llegó al mismo tiempo que la ambulancia y trató de entrar alegando que era el director de la academia donde estudiaba la chica accidentada,

pero le dijeron que se quedara en la sala de espera, hasta que el doctor saliera a informar.

A los pocos minutos entraron los padres de Sara, James Sullivan preguntó en recepción por su hija, y le informaron que pronto saldrían a informarles. Luego también llegaron los padres de Ben, con Emma la madre de Sara. En cuanto vieron a Vicente fueron a hablar con él, y les explicó lo sucedido.

A la media hora salió el doctor a informarles, Sara estaba bien le habían hecho algunos Rayos X y no tenía fractura, le habían curado los raspones, pero no había requerido puntadas, la iban a dejar un par de horas en observación, por si se presentaba algún otro síntoma. A Ben le iban a tener que operar la pierna porque el hueso se había partido en dos.

Vicente aún no podía sentirse tranquilo, necesitaba verla, pero sabía que con la familia allí iba a ser imposible. Tendría que esperar a que se fueran a su casa para ir a visitarla, aparte de eso lo tenía muy jodido el hecho de que las familias de Sara y de Ben, hablaran de ellos como si fueran una pareja. Sara era suya, desde la noche anterior le pertenecía.

Se quedó en el hospital hasta que dieron de alta a Sara, solo pudo verla a lo lejos cuando la llevaban en la silla de ruedas hacia el coche. Se veía muy lastimada, Vicente hubiese querido llevársela a casa para cuidarla, pero sabía que eso era imposible por el momento.

Cuando vio que se marcharon, se subió a su coche y regresó a la academia, todavía había cierto revuelo por lo sucedido, les informó acerca del estado de salud de su compañera, les dijo a todos que se marcharan al día siguiente se retomarían las clases con normalidad. Al llegar a su oficina, dentro estaban Ashley y Mateo esperándolo.

—¿Cómo está Sara? —Le preguntó Ashley.

—Está bien, sufrió muchos golpes y magulladuras, cuando su amigo la empujó se dio de lleno con el asfalto, pero gracias a Dios fue solo eso, si el coche la hubiese golpeado de frente, estuviese muerta. —Cuando terminó de hablar las manos le temblaban, el solo pensar en ello, lo alteró muchísimo. —Su amigo le salvó la vida, a él sí tendrán que operarle la pierna.

Ashley lo observaba, Vicente estaba hecho un manojo de nervios y era comprensible, la chica era su alumna y al parecer él había visto todo el incidente por la ventana, pero había algo más y no se iba a quedar con la duda.

—A ti esa chica te gusta, ¿verdad? —Le preguntó Ashley, sin muchos rodeos.

—Sí, me gusta y mucho. —Vicente no iba a ocultar lo que sentía por Sara, había estado a punto de perderla y se había dado cuenta lo importante que era para él, aunque era precipitado, pues tenían 24 horas de relación, estaba seguro de que entre ellos había algo especial.

Mateo y Ashley se miraron a los ojos, estaban atónitos, Vicente nunca admitía nada acerca de sus relaciones, era muy discreto, y de paso nunca se había fijado en ninguna aprendiz.

—Debe ser una chica muy especial. —Le respondió su amiga con mucha ternura.

Lo quería mucho habían compartido muchas cosas, y ella quería lo mejor para él. Vicente asintió, no tenía nada más que decir.

—Pero también la chica con la peor suerte del mundo, primero lo de la serpiente en el casillero, y ahora lo del coche. —Dijo Mateo, rompiendo el encanto del momento.

A Vicente se le prendieron las alarmas, era cierto, dos incidentes en un par de semanas y en los dos había estado involucrada Sara, demasiada casualidad. Luego se acordó de lo que la abuela María le había dicho a Sara en el sueño, que estaría en peligro, que se cuidara, pero ¿de quién?

Una semana después y en contra de la voluntad de sus padres y del propio Vicente, Sara regresó a la academia. No iba a bailar, pero si quería ver la clase, y de paso, estar con su guapo profesor.

Las magulladuras en realidad no eran graves había sido más el susto que otra cosa. A Ben también lo habían dado de alta, tenía la pierna inmovilizada y tendría que usar una silla de ruedas por unas semanas. A Sara no le iba alcanzar la vida para pagarle lo que había hecho por ella.

A la universidad también tenía que regresar ese día, pero quería pasar la tarde con Vicente, así que le escribió diciéndole que lo iba a esperar para irse juntos. Le pidió la llave del coche para esperarlo allí, estaba estacionado a un par de cuadras de la academia, conseguir un lugar en esa calle era prácticamente imposible.

Sara salió e iba caminando, de repente de un callejón salió una mujer, se le acercó y le puso un arma en un costado, ocultándose para que nadie se diera cuenta.

—Camina tranquilamente, si haces algún movimiento disparo, y créeme no vas a tener ninguna oportunidad esta vez. —Le dijo al oído, Sara hizo

caso a lo que la mujer le decía.

Sabía que si le disparaba en ese lugar moriría de inmediato.

Cruzaron la calle y se acercaron a una furgoneta, dentro había un hombre, Sara sintió mucho miedo, tenía cara de psicópata. El hombre la amarró y la obligó a tomarse una pastilla, ella trató de resistirse, pero la abofeteó, luego se la metió a la boca a la fuerza.

La furgoneta comenzó a moverse, cuando Sara levantó la mirada hacia el conductor se dio cuenta de que conocía su cabello, era Ava. Luego todo comenzó a ponerse borroso, después todo negro, le habían dado Rohypnol.

Cuando Vicente llegó al coche le extrañó no encontrar a Sara, inmediatamente le marcó al móvil, y saltó al buzón, marcó de nuevo como diez veces y ocurría lo mismo. Sintió un mal presentimiento. Llamó a su hermano Roberto que era Sargento de la Policía de Nueva York y le contó lo ocurrido.

Le dijo a Vicente que fuera a la Estación de Policía donde estaba adscrito, cuando llegó Roberto ya se había puesto a trabajar revisaron las cámaras de tráfico cerca de la academia y allí estaba la grabación de lo que le había ocurrido.

Cuando hicieron el acercamiento vieron que la mujer le estaba apuntando con un arma, Roberto empezó a dar órdenes a todos sus detectives, tenían que hallar a la chica lo más pronto posible, sabían que las posibilidades de encontrarla con vida eran menores con el paso de los minutos.

Rastrear el móvil de Sara, lo habían apagado, pero la última vez que una antena lo había registrado fue en el Puente de Brooklyn. Por lo menos tenían una pista, luego se centraron en la furgoneta, había miles de cámaras de tráfico, el trabajo era casi imposible, pero Roberto hizo unas llamadas, cobró algunos favores y consiguió la ayuda extraoficial del FBI.

En media hora ya sabían dónde estaba el vehículo, afortunadamente, los secuestradores no contaban con los contactos que tenían los hermanos Cárdenas. La furgoneta estaba en un viejo almacén abandonado. Por petición de Roberto, Vicente le avisó a James Sullivan, le pidió que no hiciera ningún movimiento pues la prensa no debía enterarse o complicarían las cosas.

Por supuesto, para Sullivan fue muy difícil, pero algo le dijo que podía confiar en Vicente, luego Roberto le pidió que se trasladara a casa por si los

secuestradores se ponían en contacto. Pero eso había sido simplemente para conseguir algo de tiempo, iban a actuar.

Para Roberto Cárdenas su familia lo era todo, era capaz de dar la vida por ellos, y en ese momento su hermano Vicente lo necesitaba, al verlo entrar a la estación se dio cuenta de que esa chica era muy importante para él, así que, pondría todo de su parte para rescatarla sana y salva.

Ya los S.W.A.T. estaban listos, Vicente insistió en ir con ellos, pero se negaron, era muy peligroso, pero él podría ver todo desde la estación, los hombres llevaban cámaras conectadas a los cascos.

Llegaron al almacén sin hacer ningún ruido, los vehículos se estacionaron a un par de cuadras de distancia. La zona estaba totalmente desolada, el lugar en su mayoría eran terrenos baldíos en donde los drogadictos y vagabundos vivían.

Con las cámaras infrarrojas apuntando hacia el interior del almacén vieron que había tres personas, dos armadas de pie y alguien en el suelo, por supuesto era Sara.

8

Sara despertó, estaba mareada, no recordaba nada, estaba tendida en el suelo y la habían amarrado a un tubo que estaba fijo en la pared, el lugar estaba sucio, se incorporó un poco, pero le dolía mucho la cabeza, el dolor era muy parecido al de la resaca, pero peor.

Cuando se despertó por completo, miró hacia el frente, allí estaba Ava y un hombre, en ese momento recordó todo, la habían metido a la fuerza en una furgoneta, la mujer le había apuntado con un arma.

—Al fin despertaste, pensé que te habíamos matado con la pastilla. Tuviste suerte. —Le dijo Ava con la cara totalmente cambiada, nunca le había gustado cómo la miraba, pero ahora tenía cara de loca desquiciada.

—Pero ¿por qué me estás haciendo esto? Si es por dinero, mi padre te pagará. —Sara estaba muy asustada pero no iba a suplicar.

—¿Por qué los ricos piensan siempre que todo es por dinero? —Ava comenzó a reír de una forma aterradora. —No es por dinero maldita zorra, es por Vicente, mí Vicente, no tenías que meterte en mí camino, en nuestra relación. Nosotros éramos felices hasta que tú llegaste. Pero cuando terminemos contigo serás mercancía dañada y él ya no te va a querer.

El hombre que hasta ese momento no había dicho nada, sacó su miembro del pantalón y comenzó a masturbarse.

—Esto es para ti. Te voy a quitar las ganas de volver a acostarte con el hombre de mi hermana.

Sara no iba a dejar que la tocara, prefería morir, el hombre siguió tocándose enfrente de ella y de Ava, la situación aparte de asquerosa le parecía irreal, no era posible que Vicente tuviera algo que ver con esa mujer.

Ava se agachó y trató de abrirle las piernas a Sara, esta le daba patadas no se iba a rendir tan fácil, pero luego el hombre también se le acercó y le dio una fuerte bofetada. Eso, en combinación con lo que le habían dado la dejó aturdida.

De repente se escuchó una explosión, luego disparos y luego nada. Cuando despertó de nuevo encima de ella estaban un par de doctores, tenía

puesta una mascarilla y una luz muy fuerte, y de nuevo todo se volvió negro.

Sara despertó y vio a su alrededor, estaba en una habitación del hospital, le dolía mucho un costado, trató de sentarse y le fue imposible. Emma corrió al lado de su hija, había estado sentada en esa silla por dos días no había querido moverse de su lado.

—Mamá, tengo sed... —Susurró sin fuerzas.

La madre corrió a darle agua con una pajilla, se tomó unos pequeños sorbos pues tenía náuseas. —¿Qué pasó? —En ese momento entró James que parecía mucho más viejo de lo que era.

—Cariño al fin despertaste. —Le dio un beso en la frente. —Hay alguien que quiere verte, no se ha despegado de aquí. Él te va a explicar todo.

James fue hacia la puerta e hizo un gesto. Vicente apareció con cara de cansancio, y con una barba de un par de días, y de pronto lo recordó todo, las imágenes pasaban por su cabeza como si se tratara de una película.

—Ava me hizo esto, dijo que tenías una relación con ella, y que yo lo había echado a perder. ¿Es cierto eso? —Le preguntó Sara.

Mientras tanto él con mucha calma acercaba más la silla en la que había pasado dos noches Emma, y se sentó. Estaba agotado, pero feliz al fin su “cielo” había despertado.

—Ava Jensen, era una psicópata, ella y su hermano eran buscados por el FBI, habían matado a por lo menos tres hombres en el pasado. Los engañaban, ella buscaba empleo en sus empresas, pues verdaderamente se había graduado en la universidad, se ganaban su confianza, y luego los asesinaban y robaban todo lo que podían.

Vicente hizo una pausa.

—Pero al parecer, se había enamorado de mí, sus planes no eran matarme, no sé por qué extraña razón pensó que yo me iba a fijar en ella, y cuando se dio cuenta que tú y yo teníamos una relación se desquició.

—Y ¿Dónde está? ¿Pudieron atraparla?

—Está muerta, ambos lo están, ya no podrán hacerte más daño.

Vicente le contó que ella había sido la responsable de los incidentes previos, en su casa habían encontrado escondido el coche con el que había tratado de arrollarla. También le dijo que antes de que le dispararan había logrado herirla en el abdomen, por eso habían tenido que operarla para salvarle la vida, ya de eso habían pasado dos días.

Vicente se puso de pie para marcharse, se sentía responsable por lo sucedido, y sabía que probablemente Sara no quisiera saber más nada de él.

—¿Se puede saber a dónde va, profesor Cárdenas? —Le preguntó Sara cuando ya casi había llegado a la puerta. —No pensarás dejarme después de que casi me come una serpiente, de que trataran de pisarme como una cucaracha con un coche, y de paso estropearan mi bello abdomen con un balazo, y todo por estar enamorada de ti, qué desconsiderado...

El hombre sintió que todo el peso que tenía encima lo abandonó y soltó una carcajada, esa chica de verdad era dinamita pura.

A un año después de lo ocurrido la pareja llegó al departamento de Vicente. Acababan de salir del teatro donde la obra en el que él era protagonista y coreógrafo, era un éxito. Habían alargado en tres ocasiones la temporada. Se besaban apasionadamente. Comenzaron a desvestirse, en el medio del salón, Sara se puso de rodillas y cubrió la polla de su hombre con la boca.

—Cielo, cométela toda. —Vicente tomaba por el cabello para hacer que se la metiera toda en su boca. —Qué rica boca tienes.

Cuando sintió que estaba a punto de acabar, la sacó, cargó a Sara y la llevó a la habitación, él se acostó y ella se subió encima, les encantaba esa posición, en realidad le gustaban todas, pero esa era una de las favoritas, a Vicente le encantaba verla cabalgándolo y a ella le gustaba tener el control.

Ambos gemían, la chica se movía deliciosamente, Vicente la giró, ahora quería estar encima, la embistió con fuerza unas cuantas veces, ella se corrió primero, cuando el sintió que se iba a correr salió de ella y eyaculó en su vientre.

Con su mano esparció el semen, le recorrió el vientre y los senos, le encantaba hacerlo, sentía que la marcaba, que todo el mundo sabría que le pertenecía, y a ella esa actitud de macho alfa, le encantaba.

—¡Cásate conmigo! —Le dijo mientras continuaba acariciándola.

—¡Qué romántico, profesor! Nada mejor que una propuesta de matrimonio mientras te dan un masaje con semen. —Contestó Sara con una sonrisa, pensando que era una broma.

Vicente no dijo nada más, la propuesta había sido en serio, pero nada romántica, su “cielo” se merecía algo mejor.

Sara iba por lo menos una vez a la semana al teatro a ver a Vicente, era como un ritual, al salir iban a su departamento, cenaban juntos y luego ella se quedaba a dormir con él. A estas alturas ya todos sabían de su relación.

La familia Cárdenas adoraba a Sara, se habían conocido hace poco, no habían querido precipitar las cosas, y afortunadamente resultó muy bien. Los Sullivan también apreciaban mucho a Vicente, siempre le estarían agradecidos por haber movido cielo y tierra para salvar a su pequeña.

Esa semana no era la excepción, Sara llegó puntual y se sentó en su habitual puesto en primera fila. La obra estuvo espectacular como siempre, su hombre era muy talentoso, se sentía orgullosa al ver a todos aplaudirlo.

Al final cuando salieron todos a recibir sus aplausos, Vicente se puso de rodillas y sacó una cajita de su bolsillo. Una de las compañeras de reparto, estaba grabando todo con el móvil.

—Sara Sullivan Dubouis, ¿Me harías el gran honor de convertirme en mi esposa?

Vicente la miraba a los ojos aun de rodillas. Ella se puso de pie y se acercó al escenario, un par de chicos del público la alzaron y la subieron.

—Por supuesto que sí, amor. No hay nada que quiera más en este mundo. —Respondió Sara con lágrimas en los ojos.

Todo el público se puso de pie, y aplaudieron esa noche, no solo para premiar el talento de los actores, bailarines y cantantes. También para celebrar el amor.

Los preparativos de la boda, se hicieron en tiempo record, no querían estar más tiempo separados. A los seis meses exactos, contrajeron matrimonio, se casaron en una capilla pequeña, por la religión católica que era la de la familia de Vicente y que Sara adoptó como suya.

En la ceremonia los acompañaron solo sus familiares y amigos más cercanos, Mateo con su última conquista, Ashley y su marido, ella luciendo su vientre de seis meses de embarazo, y su querido amigo Benjamín con su novia. El banquete se llevó a cabo en un lujoso hotel de la ciudad con muchos invitados, era lo único que habían pedido los Sullivan.

De luna de miel se fueron a un castillo propiedad de la familia Sullivan en Escocia, a París de donde era Emma la madre de Sara, y luego a Cancún en México. Querían ir a los lugares de donde eran originarias sus respectivas familias.

Cuando regresaron a Nueva York, Vicente tomó en brazos a Sara para cruzar el umbral de su departamento, habían decidido vivir allí, a ambos les encantaba la preciosa terraza, y además allí habían hecho el amor por primera vez.

Sara fue directo a la habitación mientras Vicente se encargaba de pedir algo para comer, luego de llegar del viaje lo que menos les apetecía era ponerse a cocinar. Cuando terminó de hablar por teléfono se fue también a la habitación, le extrañó que estuviera tan oscuro, estaba iluminado con unas velas. En el ambiente también se sentía un olor delicioso a vainilla, pero muy sutil.

Por los altavoces comenzó a sonar su canción, la misma canción con la que se había enamorado de su ahora esposa, la misma canción con la que hicieron el amor. Vicente se recostó en la cama, quería estar cómodo para ver lo que iba a hacer Sara.

Ella salió del baño con una bata de seda, roja, comenzó a bailar, lo hacía maravillosamente bien, se movía de manera muy sensual. La polla de Vicente evidenciaba que le estaba gustando mucho lo que veía.

Se soltó la tira que ataba la bata, y se la quitó, debajo tenía un conjunto de encaje muy fino, de color rojo también. Vicente iba a morirse deshidratado si era necesario, se iba a quedar totalmente seco, pero esa noche iba a hacerle el amor, de mil maneras.

Sara se subió a la cama y gateó hasta colocarse encima de su marido. Lo besó, como solo ella sabía hacerlo. Lo desnudó y cuando lo tuvo como ella quería, comenzó a darle una mamada magistral, Vicente la giró para tener acceso a su delicioso coño, quería comérselo mientras ella chupaba su polla.

Cuando estuvieron saciados, Sara lo montó, el placer de verla montándolo no tenía precio, ese suave balanceo de los senos, la cara de placer cuando alcanzaba el orgasmo, era perfecto.

Se movía de una manera deliciosa. Él se deleitaba siempre observándola, la amaba y estaba seguro que la amaría siempre. Definitivamente ella era la mejor aprendiz que había tenido en el baile y en todos los sentidos.

En ella había encontrado una amante, una amiga, una esposa, pero sobre todo había encontrado la magia.

NOTA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Por qué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestros lectores.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis
recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a
leer :)*

www.extasiseditorial.com/unete
www.extasiseditorial.com/audiolibros
www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo – Laura Lago

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible).

Esclava Marcada – Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y
Mafioso
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible).

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!).

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonríe. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

[La Bestia Cazada](#)

[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento*

GRATIS